

Tomó XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 14

San José, Costa Rica

1926

Sábado 10 de Abril

294

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *E utreja!*, por Leopoldo Lugones.—*Esperamos a Franco*, por Alfredo L. Palacios.—*El osar y el saber*, por Eugenio d'Ors.—*Saludo a Franco*, por Xavier Bóveda.—*El vuelo de España*, por R. Blanco-Fombona.—*La lección del Plus Ultra*, por Luis de Zulueta.—*Las alas de Samotracia*, por Rodrigo Soriano.—*El Clavileño del siglo XX*, por Máximo Soto Hall.—*Alma española*, por Flavio Guillén.—*Franco informa al Rey*.—*Franco relata a La Prensa de Buenos Aires sus impresiones y sus proyectos para el futuro*.—*El vigor de la raza*, por Gabriel Alomar.—*Plus Ultra!*, por Luis de Zulueta.—*De Palos a Buenos Aires*, por Luis Araquistain.—*Una salutación a Franco y a sus compañeros*, por Antonio Herrero.—*El mensaje a América*, por Andrenio.—*Otras voces*.— *Bibliografía titular*.



Ramón Franco
Un señor del Atlántico por linaje y calidad

Por ALONSO.

E ultreja!

Por

LEOPOLDO LUGONES



Así cantaba la antifona caminera con que se infundían el gozo del buen andar, para llegar mejor, los peregrinos de Compostela:

Fiat, amor. Alleluja
Dicamus solemner.
E ultreja! E sus eja!
Decantemus jugiter.

(Hágase así. Digamos solemnemente: ¡aleluja! Y no cesemos de cantar: ¡Adelante! ¡Siempre adelante!)

Dijérase que esta copla latina dedicada al santo nacional, a Santiago de España, y sobre ello, todavía, el santo gallego, se hubiese compuesto en el siglo XII, para celebrar la empresa de Ramón Franco, el hijo de Galicia, quien, montando el Plus Ultra, se nos viene por cima de todo el mar, trayéndonos a pleno cielo y a pleno corazón la grande aleluja.

El santo de Compostela fué un transeunte del mar que cruzó por milagro de su simbólica predilección; y de aquí que los peregrinos adornaran de conchillas distintivas sus becas y sus alforjas. Y fué también, por excelencia, el patrono militar, el apóstol de la espada desnuda y del corcel que peleaba en el aire, contra esos mismos moros sobre los cuales conquistó el aviador gallego sus galones de comando.

Lejos, por cierto, cualquier comparación de sacrílega grosería. Las grandes hazañas son, de suyo, inconmensurables. Y lo mejor que Franco tiene, es ser un hombre como él mismo. No como ningún otro, porque lo mejor excluye el parangón, y él cuenta entre los mejores.

Eso significa algo más valioso en sí, y es la continuidad de la tradición en la persistencia del espíritu. Bajo este concepto fué, efectivamente, compuesta para la empresa actual aquella antifona jubilosa. Y mucho más antigua todavía en su celebridad, la epopeya se reanuda.

Nada extraña esa tendencia a emprender sobre el rumbo de la Atlántida neptuniana, dormida por las edades bajo el manto azur y armiño de las aguas del dios. Atlantes fueron los celtas y los siluros de la cepa gallega. Y lo que dentella la actual ribera granítica sobre cuyos fondos de peligrosa hermosura canta el sardinero la copla del obscuro heroísmo, que abisma sin eco y sin fama tras la escurridiza plata del pez—son las desgarraduras del cataclismo legendario. Ese que viene, pues, es un atlante—y lo prueba. Un señor del Atlántico por linaje y calidad.

* *

Así se abre Galicia, a la vez montañosa y oceánica, zócalo de granito primordial, que es decir tierra de constancia y de fuerza, sobre el cual corre descollada la columnata del pinar, que parece ir derramando en agujas de silenciosa cuita, el murmullo de su cantante esmeralda. Y esto es la belleza, complacida en sí misma sobre el inmenso espejo azul.

Y así es aquella la tierra de la saudade, que dice en la lengua soledad donde gusta ensimismarse la melancolía. ¿No recordamos todos, desde el colegio, a Macías el enamorado:

Cativo de minha tristura?...

Sí, pues: cautivo de su tristeza. Esta es toda la poesía gallega. Lo mismo en la canción ladina del bardo erudito, que en la quejumbre pastoril exhalada por la muñeira con los humos de la tarde serenísima. Belleza, pues, de pinar murmurado, de redil antiguo, de cordial sencillez, de ternura congojosa y de mar lejana...

¡Qué fondo de inquietud en esa cautividad de la tristeza! Ahí la ansiedad del amor se mezcla al desasosiego de la aventura.

Pueblo de pastores, labradores y marinos, fué siempre gente de buen combatir. En el heroísmo, como en toda belleza superior, hay un dejo de melancolía. Así la saudade gallega es una predisposición.

Y por la cepa del atlante, la epopeya entronca, a su vez con lo más noble de la Cosa Pagana.

Cuando Franco dió nombre a su avión, suprimiendo de la divisa hercúlea — *non plus ultra*: no más allá—la negación limitativa, pudo recordar que ella no se refería tan sólo a las columnas gaditanas; pues Coruña, forma bajo la tina de columna, refiérese a una que el mismo Hércules plantó también, ahí, sobre la costa gallega.

Gente del linaje hercúleo—para no citar con sobreabundancia, que se podría—aquellos rudos obispos de Mondoñedo, santos y guerreros a la vez como Gonzalo y Rosendo, que derrotan a los normandos de Escandinavia, los invencibles reyes del mar, capitaneados, también, por Olavo, santo y pirata.

Y todavía, aquellos tripulantes de la flota gallega, que en la armada de Lepanto enarbolaba el pabellón de Galicia al tope de su capitana, para la buena guerra del apóstol contra el bárbaro señorío del infiel.

Mas, aquí aparece en la historia una de esas coincidencias en que lo fortuito equivale a un regalo del destino, para cerrar, como dicen, con broche de oro, lo que ya es áurea página en la inmortalidad

El 25 de mayo de 1085, Alfonso VI de Galicia y Asturias, de Castilla y de León, consume, con la rendición de Toledo, la independencia patria del poder musulmán.

¿Cómo resistir en este momento a la sugestión de trascendencia que el latino antecesor creía ver en los fastos de los días

isosémeros? ¿Ni qué cosa más grande puede haber que la concordia de las patrias latinas?

* *

Porque esto es gloria excelsa de la Latinidad.

Todo recuerda en la hazaña la estirpe ilustre, desde la antifona que dijimos, hasta el corte de la vela trainera.

El mismo nombre de su autor—¡qué cosa más latina! Su lengua materna es también lusitana; su máquina triunfante, de hechura Itálica.

Pero su corazón es mejor...

¡Qué cosa más latina, ya, aquella conciliación de la prez neptuniana y hercúlea con la bélica ralea de esos obispos del Año Mil!

Plus Ultra!—es grito de Roma. El númen del Mar Atlántico asignaba la ventura latina, que era, por su recta significación, el buen viento de mear; y tal como un día el ligur intrépido a descubrir mundos desde hispánica rada, Ulises emprendió su travesía inmortal desde las islas ibéricas pródigas en violetas. Histórica predisposición que formulaba un destino manifiesto.

¡Cuán bien lo entendemos, por buenos hijos que somos de la Latinidad, en esta Argentina de las conciliaciones humanas!

Y ello no significa que no nos guste sobre todas las cosas que el héroe sea de la sangre natal. ¡Cómo no había de gustarnos sentirla hervir así al ardor de oro de la gloria!

Heroísmo predisponente del alma gallega en la predisponente virtud del alma latina.

Y la voluntad animadora del antiguo cantar. *Fiat, amen*, Hágase así.

* *

¡Qué tierra para concebir la aventura, aquella Galicia del granito y de la pinada! Cima del picacho y copa del árbol, todo se va de punta hacia arriba.

Y culminando aún, como despedido por ellas entre las nubes, el alfaneque de cetrería, aquel halcón de la comarca, superior en serenidad y en sostén a los demás pájaros altaneros.

De casta noble y bravía le viene, pues, el instinto a ése. La misma ala heroica en el hombre y en el ave. El mismo sublime amor del viento y del riesgo. La misma alcurnia de altanería. El mismo amor de gloria pugnada.

El Ferrol natal completa con él las tres iniciales que constituyen las siglas de la victoria:

Fidelidad, Fortuna, Fuerza.

Porque este comandante del avión es una espada española. Una de esas espadas del triunfo y del orden, tan calumniadas ahora último, y tan mal comprendidas.

A justo orgullo lo tiene; y mediante las alas que dió a la suya, lo mismo y para lo mismo que Santiago su patrón, ha sabido

discernirse en la sangrienta siega aquellos laureles de Africa que son duros de cortar como el hierro.

Esta es, en efecto, empresa de militar. Y él mismo, al proponerla, en el documento, ahora histórico, a su jefe, lo ha dicho con claridad:

«Las miras puestas en conseguir la mayor gloria para nuestra Nación y para nuestra arma aérea».

Son, pues, las alas de guerra de España, dirigidas por su cabeza y animadas por su corazón de soldado.

* *

Señor capitán del arma:

Así, en términos de ordenanza, que es buen estilo de hablar, por lo claro y por lo viril—dejadme expresar una ocurrencia merecida.

Pasando el cielo de América como quien se corta de un solo tajo su banda de general, habéis ganado en la constelación más famosa del firmamento austral nuestra gran cruz de estrellas. No conoce otra acá la sencillez republicana. Mas, por lo mismo, es única, y con ello digna de vuestra hazaña singular.

No es que yo os la ofrezca. Es que os pertenece.

Revelada a la Europa medioeval por nuestro padre el Dante, allá esperaba, clavada en oro eterno, el vuelo de su Perseo conquistador. No podía ser y no fué sino para uno de nuestra estirpe.

¡Satisfecha está la gloria!

¡No, no podía ser—y no fué!

Si ese asterisco no constituyera, desde luego, vuestro blasón natural, yo lo propondría con mi escaso ingenio en la noble arte, pero con mi grande amor a toda hazaña de peligro.

¿Por qué no, mi capitán?

¿No significa Compostela, a su vez, Campo de la Estrella (*Campus Stellae*), de la estrella que ya blasona la ciudad?

¿Por qué no, acaso?

Un Alfonso, el Sabio, mi capitán, os habría hecho conde por la ciencia y la pericia. Otro Alfonso, el Batallador, os habría hecho proto-marqués de fronteras...

Sobre campo azul que recordara los elementos domados, la cruz estelar resplandecería en el jefe. Y por toda otra pieza heráldica, el alfaneque de Galicia, esorado, expresaría la tendencia de las alas valientes. *Tendit ad sidera virtus*, mandaría la divisa con oportunidad; o mejor, puesto que el *plus ultra* de vuestro empeño está alcanzado ya, con haber hecho de orilla a orilla el mar que contuvo a Hércules, estas dos palabras, no más, categóricas como una orden: *Plus Alta*.

* *

Y ahora, el corazón en las manos batidas, la gloria en la mirada, el alma en el grito. Queríamos que la hazaña fuera de nuestra gente; pero nos enorgullece más, que también sea de nuestra sangre.

Así, con el estremecimiento del paterno río, como decía la lírica romántica; de la

pampa y de la montaña, de la selva y de la mies; con el patrio acento y la palabra plural de los hombres que congregamos, la voz de la entraña se alzaré para exclamar:

Magnífico, si era un latino. Mejor si es un español.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Esperamos a Franco

(*Crítica*, Buenos Aires).

FRANCO CON SU hazaña épica ha hecho florecer la raza. Esperamos al héroe con una intensa emoción porque el pueblo argentino siente a España, cuya sangre hierve en nuestras venas.

Amamos a la España nueva de Bilbao y Barcelona con su extraordinaria actividad industrial, con su multitud de trabajadores rebeldes que en las minas de hierro y en las fábricas no sólo realizan el progreso de la técnica sino que también elaboran la democracia social. Y amamos a la España vieja llena de idealismo y espiritualidad. Amamos las ciudades castellanas con su misticismo y su dolor que trasunta los cuadros admirables del Greco. Amamos las callejuelas viejas, sombrías y misteriosas de Toledo; amamos a Santillana del Mar en uno de cuyos innumerables escudos a que se refiere Gálvez en su *Solar de la Raza*, está escrito: DA LA VIDA POR LA HONRA; frase que a mí me parece la síntesis espiritual del pueblo que hizo culto del heroísmo y la caballeridad.

Esperamos a Franco. Y en esta hora gloriosa es como si dijéramos: «Esperamos a España».

ALFREDO L. PALACIOS

Buenos Aires, Fbro. 1926.

El osar y el saber

Yo también quiero contribuir un poco a nuestra esperanzada autosugestión nacional, y digo:

Todos celebrarán, en la proeza de los aviadores españoles, la virtud del denuedo. Pero conviene que algunos hagan hincapié en la perfección de la pericia.

Parece que todo, en el desarrollo de la hazaña, desde el momento de levantar el vuelo en Palos hasta el de fondear en Buenos Aires, ha sido calculado y adaptado al cálculo con ciencia cumplida. Desviaciones de rumbo, errores en la previsión del tiempo, ligerísimos. El saber, en la coyuntura, vigilaba muy lucidamente los pasos al osar.

Conviene que haya empezado a acontecer así entre nosotros. Conviene que, a nuestro reingreso en el *Mundo como Voluntad*, preceda nuestra conquista del *Mundo como Representación*.

EUGENIO D'ORS

(*A B C*, Madrid).

Saludo a Franco

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires).

CUANDO se publiquen estas cuartillas, los grandes rotativos bonaerenses habrán divulgado ya, y será familiar a todas las retinas, la silueta corta, pero musculosa, del intrépido comandante. La ternura nostálgica de sus ojos (apacentados de lirismos en las campañas gallegas) y el cuerpo parco del héroe, habrán sido motivo de comento—y de sorpresa también—a lo largo de las avenidas.

—¿Cómo es Franco?—inquirirá la gente.

Hechos a la proeza homérica de la aventura, los hombres quedarán perplejos; ya que donde creían encontrar un Héctor o un Aquiles, habrán recibido un mozo.

Confieso que cuando estreché su mano en el Aero Club, quedé, en verdad, sorprendido. Donde consideraba encontrar un perfil aquilino, topábame un rostro pleno. Sólo los ojos invitaban a la ensoñación. Sonrientes de optimismo, seguros—puedo decirlo—de perquirir la deseada meta, perdíanse, al hablar del viaje, en las lejanías radiantes. Una luz vivísima preudiase entonces a sus retinas. ¿La luz vibrante del trópico? ¿La luz sagrada de América?

—¡Llegaré! ¡Estoy seguro de llegar!—decíame!—¡Es necesario que llegue!

¡Y porque era necesario que llegase... Llegó!

Pero este *raid* no es solamente un *record*. Quiero decir que este viaje no está desprovisto de idealidad. Le atañe, por el contrario, una misión trascendente.

Franco lo dijo en el banquete del Aero Club:

—Hago este *raid* que hace tiempo debería haberse hecho...

—Correspondía a España esta visita, que es una misión histórica...—dijo el ministro de Estado.

Y a título de Embajador de una Misión Espiritual, habrás recibido al héroe.

¿Cómo habrá sido el arribo? Conozco toda la cordialidad del público de Buenos Aires, toda la magnífica generosidad criolla, y me imagino a Franco falto de palabras—agolpadas éstas en el corazón—para expresar su ternura, para decir su cariño.

¡Y es que el héroe es así!

Franco no gusta de las efusiones verbales. Su palabra—como su estatura—es parca. Hombre de acción, nietzscheano, ama, sobre todo, el riesgo. ¡Y el riesgo es su gran Quimera!

Envío:

Por intermedio de *Caras y Caretas*, saludo, en la República Argentina, a Franco—mozo gallego—Héroe de España y de América.

XAVIER BÓVEDA

Madrid, 18 de enero de 1926.



El vuelo de España

Su idealismo y su trascendencia

LA hazaña queda cumplida. Europa y América, gracias a España, acaban de darse un abrazo casi estelar.

España es la primera nación que arriba al Nuevo Mundo por sobre el aire, como fué la primera que allí arribó por sobre el mar. Guión magnífico vuelve a unir continentes.

Se ha comparado el vuelo de Franco con el viaje de Colón. Sólo hasta cierto punto cabe la paridad.

Ambos son héroes, el aviador y el navegante, pero de muy distinto heroísmo. Colón, héroe de pensamiento; Franco, héroe de acción. El marino tuvo el heroísmo de la concepción. Fué el genio cuyo cerebro descubre realidades que van a serlo para todos por obra y gracia del mismo pensador que las concibe. Franco y sus compañeros, hombres ejecutivos, se arriesgan a la empresa prevista y le dan cima con audacia muy ibera. Su heroísmo es de la misma esencia que el heroísmo tradicional de España: heroísmo de acción.

Esa audacia fortunosa de los españoles de ahora recuerda la de otros peninsulares de ayer: la del formidable energético Magallanes o la de Juan Sebastián de Elcano, otro energético casi mitológico, cuyo nombre queda unido a la verificación de un hecho científico: la esfericidad de la Tierra.

Con el vuelo de Franco se reanuda la tradición española de grandes aventuras. España, en efecto, fué siempre más allá, *plus ultra*, salvo en cosas del espíritu. En las cosas del espíritu, por el contrario, tuvo siempre limitaciones. La barrera no la encontró en deficiencias de su espíritu. A la audacia de su espíritu le cortaron siempre las alas el tremendo, el absurdo fanatismo y sus propulsores políticos. El fanatismo acogotador tuvo a la monarquía absoluta como agente y la ignorancia como medio. A él se debe—y casi exclusivamente a él—que España no tuviera dos alas de la misma longitud, y que al país de la audacia individual, al país del *plus ultra* en la acción, se le dijese, como al mar, en punto a pensamiento: «de aquí no pasarás».

* *

¿Tiene el vuelo de Franco, el vuelo de España, hacia América finalidad inmediata, económica o política? No; por eso su idealidad y su trascendencia son mucho mayores. El tiempo lo dirá.

Dejemos a los carneros que rumien su mala hierba y a Sancho Panza que rumie sus sueños premiosos. Que crean politicastros hueros que van a conquistar *de facto* el Nuevo Mundo; que sonrían comerciantes de Barcelona y olivareros andaluces, pensando que todo va a traducirse y a darse en vender unos metros de casimir o unos barrilitos de aceituna. No, ciegos, esto es más, mucho más.

Esto significa que eurohispanos y américoespañoles, las manos en las manos, los ojos en los ojos y los corazones latentes al impulso de una misma emoción de futuro, suspiramos por que perduren, depurándose y ennobleciéndose, nuestra conciencia de raza y nuestra acción histórica.

R. BLANCO FOMBONA

(*El Sol*, Madrid).

La lección del *Plus Ultra*

«Dévos Dios malas gracias, ¡ay, Papa romano!, que por lo por ganar venimos, que no por lo ganado...»

BIEN se comprende la emoción con que estos días, en las urbes brasileñas o argentinas, anhelaban las colonias españolas y las multitudes iberoamericanas—ciudadanía espiritual de una Magna Hispania—que, ya que no fuera posible la visita de los bravos aviadores, cruzase siquiera el aire el *Plus Ultra* por encima de las poblaciones engalanadas.

Solo el verlo pasar unos instantes, como un pájaro, bajo el cielo de América, ¡les dice tantas cosas! Basta a veces una minúscula mancha en la retina para que el corazón palpite conmovido. En ocasiones, una vela blanca en el mar, un poco de humo en la línea del horizonte, ¡cuántas lágrimas, cuántos gritos de júbilo han arrancado! Ahora, el rumor trepidante del avión que se acerca, sacude las almas con los recuerdos del pasado histórico y con las esperanzas de una época venidera...

—¿Cómo llegaron, en otros tiempos, los conquistadores, padre?—preguntará más de un niño, allá, en la otra orilla del Océano.

—Aquellos descubridores, hijo mío, españoles y portugueses...—comenzará a narrar el jefe de la familia. Y su voz evocará en aquel lejano hogar la gran epopeya de los mares. Españoles y portugueses fueron entonces los primeros que surcaron el Atlántico sobre las aguas. Portugueses y españoles, adelantándose a los otros pueblos, lo atraviesan ahora por los aires. Abrieron rutas nuevas; trazaron en el Mundo caminos que el Mundo ignoraba; dieron la vuelta a la Tierra; fueron la vanguardia de la civilización. Cuando Franco, en Pernambuco, después de cruzar el Atlántico, hablaba de cruzar el Pacífico, renovaba sobre el ala de los vientos lo que nuestros abuelos hicieron sobre el lomo de las olas, y resucitaba los famosos viajes de las carabelas de Colón y los Pinzones y de las aventureras naves de Magallanes y Elcano...

Y ahora, nosotros, aquí, en el popio solar ibérico, ¿qué podemos aprender de esta hazaña? ¿Cuál es la lección del *Plus Ultra*? Unos, con justificado entusiasmo, rememorarán nuestras glorias y cantarán triunfalmente las virtudes de la raza. Otros, más cautos, advertirán, tal vez, que, a pesar de todo, nos queda aún mucho que

andar para igualar esas heroicas empresas en otros terrenos, para desenvolver nuestra producción agrícola y nuestra incipiente industria, para suprimir el analfabetismo y desarrollar la cultura superior, para organizar debidamente la vida del Estado.

¿Quiénes tienen razón? ¿Debemos dejarnos arrebatar, siquiera por una vez, en el carro de fuego del entusiasmo, o bien, tras de ofrendar nuestra admiración a los intrépidos aeronautas, «es hora ya de desensillar el corcel de los sueños»?...

Lo más discreto será siempre tomar lo que haya de sano y de fecundo en cada una de esas dos actitudes espirituales que solemos designar, algo trivialmente, con los motes de optimismo y pesimismo. Lo que en ambas hay de bueno es lo que nos empuja a la acción, ya sea adelantándonos con el ejemplo de lo mucho que hicimos, ya sea estimulándonos, por modo opuesto, con la visión de lo mucho que nos queda por realizar. Y lo que en las dos posiciones hay de malo, es lo que pueda incitar a la inacción y el estancamiento, ora adormeciéndonos en un optimismo satisfecho y perezoso, ora deprimiéndonos en una pesimista desesperanza.

Veamos qué es lo ya ganado y qué es lo que todavía nos queda por ganar. Afiancemos lo primero con íntimo gozo; pero no dejemos de sufrir, de esforzarnos, de pugnar por lo segundo. Esto es lo digno de hombres y de patriotas. Cada generación, echando una mirada al pretérito y otra hacia el porvenir, debe repetirse, con la animosa frase del Cid, que a este mundo «por lo por ganar venimos, que no por lo ganado»... ¡Más allá, siempre! *Plus Ultra!*... Esta es la buena divisa.

Españoles y portugueses, hijos de Iberia, fueron los primeros que atravesaron el Océano Atlántico sobre las audaces quillas o los veloces aviones. Proeza admirable. Pero ¿somos hoy también los que tenemos las mejores líneas de navegación del Mundo, la superioridad del tráfico, la preponderancia comercial entre los Continentes, el pacífico dominio de los mares?

Un periódico extranjero, con práctica previsión, considera ahora que el *raid* de los aviadores españoles puede servirnos para preparar una gran línea de navegación aérea. ¿Lograremos mañana, por ventura, que sea la Península ibérica la que posea las mejores industrias de la aviación y la que constituya el centro principal de las futuras rutas del aire?

Descollamos con frecuencia en las obras del genio individual. No solemos acertar, igualmente, en aquellas otras que piden organización colectiva. Por eso, a veces, la desorganización nos pierde allí donde un impulso genial no nos salva. Por eso, también, sobresalimos en lo que puede producirse aisladamente por la acción de una personalidad singular. Ejemplo: el Arte. Como artistas, competimos con éxito en el Mundo entero. En cambio, vamos rezagados en lo que exige división del trabajo, cooperación objetiva, método, coordinación

social. Ejemplos: la técnica industrial, o la reorganización de la Instrucción pública, o la política democrática. En estos campos debemos todavía dar cima a heroicas empresas. Que, cual Rodrigo de Vivar, «por lo por ganar venimos».

Mas no dejemos tampoco de celebrar, al mismo tiempo, lo ya ganado. Nuestra simpatía y nuestro entusiasmo acompañen a la aérea carabela, arribada a las playas americanas, bajo el lejano cielo austral, donde la Cruz del Sur pone sobre el *Plus Ultra* una condecoración de estrellas. Este viaje, que acorta materialmente la distancia entre España y América, las acercará también moralmente. Para los que creemos en la fuerza decisiva de los factores espirituales, ese *raid*, despertando hacia nuestro país el interés y la admiración [de América y de todo el Mundo, tiene una innegable importancia. Esas placas de oro con que el fervoroso afecto de las ciudades americanas orna las voladoras tablas del avion, valen, acaso, más que todo el metal precioso que nos traían los galeones de antaño, más que todas las áureas riquezas que pudieran hallar los viejos conquistadores en las costas del Nuevo Mundo.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

Las alas de Samotracia

(*La Libertad*, Madrid).

UN niño, agarrándose a las faldas maternas con temor—¡venía el «coco!»— miraba espantado al cercano mar. Sobre las verdosas aguas, que iluminaba el sol con desmayos indecisos, se balanceaban unos monstruos desconocidos, «venidos del infierno»—decíalo así la villanería ignara— «llegados de la Atlántida» — afirmaban los más leídos, que eran pocos—aquella Atlántida, misteriosa región que deambulaba desde siglos de Norte a Sur, donde los hombres primitivos, y aun los sabios, afirmaban sus ensueños, sus terrores, sus ilusiones, ¡el más allá! ¡El eterno más allá!

Aquellos monstruos, que asomaban sus negras popas como bocanas de Satán, lucían en sus palos el cordaje tradicional, el nervio de la vida marina, los músculos y venas que agitarían en el ancho mar el informe, pesado capachón de la maderá y de la tela... Serían la sangre hirviente que rugiría con la tempestad, que vocearía cóleras marinas en la hora trágica, que vencería al monstruo de las aguas, que reiría con el mar azul cuando las blancas olas, aplacadas, rendirían homenaje a la enhiesta vela vencedora...

Mas nunca los villanos de aquellas playas los habían visto tan esbeltos, los niños y los hombres tan temerosos y enigmáticos...

A poco rato, por la playa dorada pasó un hombre... Era él, curtido por los mares, caviloso y grave en su ademán, cual esfinge

del porvenir que caminaba hacia los siglos venideros con seguro paso. Los villanos le miraron con respeto. Era un italiano loco, decían los más escépticos. ¡Un aventurero que se lanza al mar! ¡Un suicida!

Mas el pueblo, eterno comprensivo del misterio, de los grandes días de la Humanidad, impassible coro admirador de los grandes hombres, agasajaba, inconsciente, al viajero de lo incógnito.

Aquel hombre, que hablaba el castellano con el acento genovés de los mercaderes de la «Torre del Oro» sevillana, saltó en la barca que le tenían preparada unos marinos... Una blanca estela la siguió en espumas. Aquella senda señalaba el camino de los mares, arrullaba un nuevo mundo que despertaría, mañana, del cansado letargo...

Sobre las naves misteriosas flotó un pendón. Era el de Castilla.

Sonó la trompetería estremeciendo el mar. Oyéronse, en el silencio de las aguas, vítores y cantos, plegarias y cañonazos. Una cruz de oro destelló en la popa...

Y se arrodillaron los hombres ante el enigma de la cruz... Gran gente *rota*, como se decía entonces, y aún se dice en la América española, «gente de la *briba*, como se dijo después, cuando la España romancera y novelesca dejó su puesto a la pícaro España, cuando en Flandes se «ponía el sol» y Rinconete mandaba en Monipodio. Eran hombres, tan generosos como pecadores, humildes desconocedores de la grandeza de sus actos, cual los que siguieron a Cristo en el Tiberiades, sin saber entonces lo que Cristo fuera después, iluminados del ideal o aventureros sin fortuna, posos de la vida, náufragos del maleficio humano, que se tenían por tan señores como los más altos, y que miraban cara a cara sol y mares. Eran hombres atezados de color, acuartelados en escudos de cicatrices, de ronca voz y blasfemadora germanía presidiaria, que recogieran en sus labios pecadores cuanto de audaz y pícaro corriera las naciones en sus distintas lenguas de revuelta jerga, cuantos vicios y astucias pusieran en la bolsa y en la espada porvenir incierto. Aquellos hombres *rotos* eran los bravos escultores de la Humanidad futura, que no tuvo pañales en los egoístas y ricachos.

Unos frailes, arrodillados en la playa, siguieron con sus murmurios la blanca estela. Arrodillóse el pueblo. Un sacerdote, con alterada voz, recordó a la reina, al Padre Marchena, al convento de la Rábida... Sonó la trompetería... En el horizonte azul, las arboladuras de las naves recortaron su gallarda arquitectura. Un dorado nimbo, de gloria, de fortuna, siguió a las naves del ensueño... Los niños se agarraron a las faldas de las madreñs...

Nadie, grandes o chicos, pudo entonces explicarse lo que significaba aquella escena. Los niños se acostaron soñando con los fantasmas. Rezaron las madres y los hombres siguieron su trabajo pensando en aquel loco que de Italia vino, en un misterio que se llevaban las naves con la estela.

Ya lo comprendéis, lectores que me seguís.

Aquel hombre era Colón... Su obra legendaria, como las homéricas empresas, honor del Mundo, nunca tuvieron entre sus contemporáneos aquellas glorias que se les concedió después. Colón, cargado de cadenas, murió pobre y deshonorado. Había descubierto América, pero los españoles despilfarraron su obra en empresas locas o siniestras. «Europa es como un pez cuya boca forma España. Por ella pasó la riqueza toda americana, que tragarón y digirieron luego las demás naciones europeas». Así dice un escritor italiano.

Pero el genio no ha muerto. La locura sigue; pero la grandeza continúa también.

La otra mañana, en el mismo puerto, ahora sublimado, donde Colón embarcara para descubrir América, al cabo de los siglos, aparecieron unos modestos hombres, sus continuadores... Era en Palos de Moguer. Unos extraños aparatos, cigarrones o abejas colosales, pájaros diformes, se recortaban en el cielo. Aquel cordaje que revisitiera las naves de Colón con aligeros perfiles, arquitectura del velamen que levantara hasta los cielos torres del ensueño, cubría, cubría también ahora los nuevos monstruos del misterio; ¡mas con qué precisas líneas, con qué acordada sencillez sujetaban las sueltas bridas al galopador del aire, al

Hipógrifo violento
que corrísté parejas con el viento,

al Icaro alocado que quería dominar los cielos! Cuando los domadores del espacio lo remontaron, sonaron vítores, aclamaciones y plegarias. Los niños preguntarían a sus madres lo que podrían ser aquellos monstruos. Y los hombres pensarían si algún otro italiano loco se llegaba a Palos de Moguer para continuar la obra aventurera.

Ya surcaron el aire los nuevos locos, los Colones audaces del Nuevo Mundo de los aires.

¡Empresa local, dirían, como siempre, los imbécilés, los eternos hombres de la duda. ¡Empresa magna, resurgir de una raza y de una Historia!

Ya la nave corre los puros cielos sin horizonte, como ayer Colón recorriera las aguas azules de los cielos espejo.

Un pedazo de España se desvanece en la costa lejana, en la bruma incierta... Pueblos míseros, ciudades adormidas, campesinos tristes, lejanos toques de agonía y rezo, estepas desoladas, ricas tierras abandonadas del arado, ríos plateados que aguardan en su seno desde siglos al ingeniero audaz que los derrame sobre la sedienta tierra, como en días de los árabes; aldeas solitarias y cortijos hoscos, que blanquean sobre yermos terruños; inmensos campos donde la torada pace aguardando el sacrificio, el día luminoso en que la España de loca fantasía y el vacío bolsillo festeje a sus toreros con el bullir del rumbo y de la sangre, del vino y de las palmas...

—¡Oh, qué espectáculo contemplaron los nuevos Icaros! Era, sí, la España de los misterios, de los cafés chismosos y de los caciques pueblerinos, del Casino indolente

y del señorito vago, del Monipodio de levita y del Chiquiznaque del *chaquet*, del explotador y del ignorante que sumieron al pueblo en telarañas; esa España encanijada y miserable, ahogada bajo la campana de la iglesia como en la neumática el pajarillo moribundo, metida en su solar, conservada en el viejo vino de sus tradiciones y blasones.

Mas ya volaron, volaron ya los nuevos Icaros. Ellos llevan sobre la ruina de una patria el porvenir de otra. El aire les impulsa, hincha la nave. Es la nueva España, la que quiere mirar al puro cielo, ser el águila caudal que clave su mirada en el rojo sol, que desafíe al porvenir. Ya la vieja España, entumecida, desapareció en el horizonte. América blanquea. Unos brazos, interminables y ardorosos, que surgen de la costa y atraviesan el mar, une a dos corazonas en igual amor. España y América, América y España están ya juntas. Es el humano progreso quien las junta. ¡Amor de civilización, de libertad, de cultura! ¡Amor divino! Ayer era nuestro pasado quien nos juntaba; hoy, nuestro porvenir. ¡Hermanos nuestros, salud a la nueva nave que descubre vuestras Américas! Esta nave es nuestra España; la que sentimos todos. Con ella van nuestras esperanzas y nuestros besos. Queremos otra España. Una España con alas. El pájaro salta ya de la campana neumática, donde se ahogaba... ¡Queremos alas! ¡Exigimos alas!

Ayer subía yo las escaleras del Museo del Louvre. Dominando la escalera aparecía la *Victoria de Samotracia*, escultura griega que, apoyada en la proa de una nave, evoca el gran combate naval en el que los griegos fueron los vencedores. Aquella estatua, falta de cabeza, segado el cuello como por la guillotina cruel de la barbarie humana, extiende sus inmensas alas, victoriosas, como gigantesca águila orgullosa.

Yo ví un símbolo en aquella *Victoria*. Era España. España conserva las alas... Ellas vuelan, vuelan, vuelan... Conquistarán el Mundo...

RODRIGO SORIANO

París, febrero.

El Clavileño del siglo XX

Os acordáis, Señor Don Quijote, del buen tiempo aquel, en que armado de todas las armas, ínclito andante, vagábais por el mundo dando debido cumplimiento a la misión, a un tiempo mismo noble y penosa, que os imponía vuestra calidad de caballero bien nacido, de deshacer agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones, mejorar abusos y satisfacer deudas? ¿Os recordáis cómo dábais remate a vuestro cometido, sin que los peligros pusieran pavor en vuestro ánimo, ni los reveses entibiasen vuestro corazón, ni los desengaños hicieran flaquear vuestra fe robusta, como hija de la causa que la alimentaba? No hubo sacrificio

por tamaño que pareciera, ni empresa por ardua que resultara, ni aventura por sembrada de escollos que se ofreciera, que vos, nunca bien alabado paladín, no acometiésteis del mejor grado y con gran tesón, por servir y honrar a la dama de vuestros pensamientos y señora de vuestro albedrío, la sin par y bien amada doña Dulcinea del Toboso.

En vuestras horas de amables reminiscencias, cuando evocáis vuestros recuerdos, por remotos no menos dulces, cuando hacéis el recuento de vuestras aventuras, todas ellas dignas de ser memoradas, por el ideal de justicia que las inspiraba, por el valor sin sombra, con que fueron acometidas, por el éxito que las coronara, por el lustre que dieron a vuestro nombre ya de suyo flamante, no olvidéis una, no diré la más famosa, porque todas las vuestras lo fueron por igual, según su cariz y su objeto, pero sí la que estuvo más fuera de lo común, ya que escapó su acción de la tierra que pisamos y se desenvolvió, con toda su novedad en las esferas etéreas, donde nunca hasta entonces, había llegado caballero alguno, ni el mismo Amadis, con poder lo que podía, ni Orlando, con ser quien era; porque si bien Pierres anduvo por los aires y hasta llevó consigo robada a la linda Megalona, eso debióse a que le dispensaba su amistad y su protección el encantador Merlín.

Imagino que ya habéis sorprendido mi pensamiento y sabéis que trato de traer a colación el hecho incomparable que pasara en los jardines del duque y en el cual fuisteis protagonista y héroe a la vez, cabalgando en el Clavileño que os enviara para ir a Ganduya el encantador Malambruno, según lo anunciara la Dolorida, siempre que fuésteis el caballero su libertador. Impaciente esperásteis el caballo famoso, ardiendo en anhelo de realizar la hazaña, y apenas llegado, sin siquiera calzaros las espuelas, subisteis sobre su lomo, acompañado de Sancho, que lo hizo con las reservas del rústico y la sumisión de buen escudero, aunque por salvar sus carnes atormentadas por el leño que le resultaba más duro que el mármol, optó, atendiendo prudente consejo, por acomodarse a la mujeriega. Una vez jinetes ambos, os remontásteis a los espacios y llegásteis a la segunda región del aire, adonde se engendran el granizo y la nieve, y a la tercera en que se engendran los relámpagos y los rayos, y hasta dísteis con la región del fuego, como que se encendieron vuestros rostros como ascuas y hasta a punto estuvieron de chamuscarse las barbas de Sancho.

Pero, ¿quién mejor que vos para traer a cuenta esas remembranzas y evocar los detalles y pormenores de la gran proeza y rumiar la satisfacción que debe producir el remate bello que tuvo, de acuerdo con vuestros deseos y vuestras esperanzas? No es; por lo tanto, mi intento, hablaros más de esas cosas. Quiero simple y llanamente deciros que aparte del bien incomparable que hicisteis a las dueñas y la vuestra se-

ñora doña Dulcinea, tamaña empresa no fué estéril en modo alguno. No fué sin fruto el que os remontárais con los ojos cubiertos a la inmensidad del cielo y que atravesárais por las cuatro regiones en que se divide, ni que el frío os helara y os tostara el fuego, ni que Sancho, travieso, por vez primera se desmontase, y recordando sus días de pastor, se entretuviese en jugar con las siete cabritas, que eran como alhelies, y que pastaban tranquilamente en el hermoso azul, mientras vos, fiel a la palabra empeñada, no dejásteis pasar ni un rayo de luz por entre la venda, en forma que no vísteis ni cielo ni tierra ni mar ni arena, pero dísteis cima a vuestra obra; no fué sin fruto, digo, tanto sacrificio y denuedo tanto, como vais a saberlo por lo que hoy pasa en el mundo, en este año de gracia de nuestro Señor de mil novecientos veintiseis.

Vuestro espíritu, aquel espíritu aventurero, irreductible al miedo, enamorado de grandes ideales, sediento de gloria, ávido de empresa, que encajó en el corazón de los Pinzones y de los Solises y los hizo fuertes y animosos para traspasar los mares, y en el de los Pizarros y los Corteses, para dominar continentes, eso que de vos brotado y metido en el alma de la raza la hace lo mismo hilvanar sueños que trocarlos en realidades, es el que hoy ha empujado a un grupo de varones jóvenes, templados en fragua de héroes, para que caballeros en un moderno Clavileño, no obra del encantador Merlín, sino de la magia de nuestro siglo, encumbrándose a los aires traspusieran, venciendo sus rigores, el océano que Colón dominara, para llegar a la América, donde antaño Castilla clavó sus pendones.

Sí, oído bien, es el Quijote que llevamos dentro, todos los que hablamos una misma lengua y por las venas nos corre una misma sangre, el que se encuentra repartido en nos, como por obra de una eucaristía espiritual, el que ha puesto, en los jinetes de ese nuevo Clavileño llamado *Plus Ultra*, la firmeza de nervio, la entereza de corazón, la fe sin quebranto, que los ha traído triunfantes, embrazado el escudo, a las playas donde otros días, adivinando rumbos, más que siguiéndolos, vendados se diría como vos en vuestra excursión aérea, venían los que tripulaban las carabelas y los galeones.

Y así como vosotros, cuando ya ibais muy lejos de la tierra y seguíaís oyendo los clamores de la gente del jardín que os estimulaba en momento que Sancho os preguntó: «¿Cómo dicen esto que vamos tan lejos, si alcanzan acá sus voces, no parece sino que están hablando acá junto a nosotros?», y vos les respondisteis: «No repare en eso, Sancho; que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres»; así, los tripulantes del *Plus Ultra*, por obra de la magia de nuestros días, cuando iban muy alto e iban muy lejos, no sólo oían la palabra de los que en firme se quedaban, sino que también enviaban la suya, y relataban, a los que

en el punto de partida y en el de llegada aguardaban sus nuevas, cuanto les acontecía en su odisea, mientras iban sobre el mar inmenso, bogando sobre el espacio infinito. Y es que así son los prodigios de encantamiento que realizan los magos de hoy, en estos tiempos plétóricos de sorpresas y de novedades. Y así no será extraño que como ahora se oye a largas distancias, pronto también se vea de igual manera, y se vaya por los aires contemplando lo que se ha dejado y sorprendiendo lo que se va a conocer.

Esta hazaña singular de que os hablo, no se piense que es meritisima por el valor y energía que han sido menester para realizarla y por la pericia que se ha puesto en juego para colmar ese empeño, que tiene también de hidalga y caballerosa. No es poco agravio el que se deshace, ni mezuquino tuerto el que se endereza con probar a los que, con malicia o sin malicia, tildan a la raza de decadencia, falta de práctica, mucho de sueño y poco de realidad. Buena prueba de lo contrario es la que se da con la experiencia, cristalizando en hechos un plan que hacía dudar a los más optimistas, y tenerlo por imposible a los más crédulos. Ni es ideal menor, sino muy grande, que el de ir en busca de la amada Dulcinea, el de procurar los medios de afianzar los viejos lazos y crear nuevos, entre las colonias de ayer, hoy repúblicas libres, con la madre común, para que juntas todas y adunados los esfuerzos, con aliento de Quijote y prudencia de Sancho, venciendo tropiezos, borrando vallas, salvando abismos, lleguen juntos a los destinos altos que reservados les tiene el porvenir.

Bienaventurado seais, pues, Señor Don Quijote, porque estas cosas sorprendentes que hoy pasan, que son pasmo de la edad actual y han de serlo también de la venidera, y otras muchas que vendrán no menos fabulosas, de vos emanan, ya que dejásteis en todo un pueblo la esencia por la cual el miedo se elimina y el peligro se desprecia y el obstáculo se vence, para llegar al fin de la jornada con las armas lucientes, libres de herrumbre y libres de desdoro. En Franco y sus compañeros, que así os interpretan a través de los siglos, caballeros sin tacha y buenos españoles, os saludan los pueblos de la América que hablan castellano, y al aplaudir la proeza que el mundo entero aplaude, sólo deseñarían, con toda la fuerza de su corazón y de su amor sincero por la madre patria, que cuando el *Plus Ultra* de regreso asiente sus alas cansadas de tanto y tan soberbio vuelo, se encuentre con lo único que a España falta en estos solemnes momentos: volver al régimen constitucional.

MÁXIMO SOTO HALL

(La Prensa, Buenos Aires).



Alma española

(El Imparcial, Guatemala)

El de Franco es el primer aeroplano que atraviesa la bóveda celeste sobre la tumba de la Atlántida. El piloto, un insigne mecánico, atornilló en las alturas de Africa, las palas de sus hélices y transformó en tuerca maciza, de azulado acero, el aire vaporoso y cerúleo del Atlántico. Y ambos, Franco y Rada, se lanzaron cabalgantes sobre el hipogrifo de este siglo, con ímpetu de centauro y alas de quimera, en pos de un vellocino real ¡el alma de la raza! la cual flotó tres días con sus noches, convenciendo al mundo de que no cede en vigores a ninguna otra de la tierra.

Pensad en esas horas-siglos de inquietudes, zozobras y desasosiegos. ¡Solos en el espacio! Por únicos rumores el estridente zumbido del ave mecánica, y más lejos, a los pies, el jadeo estertoroso del piélago, abiertas siempre sus fauces de insaciable. Encima, el otro abismo del éter, si bien las curvas grandiosas de su cúpula anunciaban una corona de eternidad, la sola digna del valor heroico. La inmolación o el triunfo. Para las superalmas nunca hay otro dilema.

La vida está concentrada en una poca de gasolina y un bote de fluido eléctrico, en ligeras provisiones de boca y en que no vaya a negar su funcionamiento el miembro ni la víscera, ni el nervio ni la arteria de aquel complejo organismo mecánico, de sutil y complicada fisiología. Todo va sujeto al aparato, cielo santo.

¡Todo no! que el motor de la expedición, no es un ovillo de alambres entre imanes, sino un par de almas denodadas e imperterritas, intransigentes con la duda, templadas contra el cansancio e impenetrables al miedo. Audaces con la osadía genial de la inspiración; atrevidas con la intrepidez de la victoria presentida; ardientes con la intuición que prevé; posesos de los dictados del *debe ser* y convencidos de la certidumbre que sólo llama imposible a un posible no realizado todavía. Almas hechas de fe y voluntad. Almas españolas, en una sola palabra.

España, buscando la línea de menos resistencia, dobló su torso de emperatriz, para abrazar a las hijas de sus entrañas, palpó en el vacío y halló más próxima a Sudamérica, la hospitalaria y afectuosa, que no en vano tiene la forma de un corazón gigante. Por este camino nuevo, Europa y Asia también alargarán sus brazos y nosotros sabremos retenerlos entre los nuestros, extendidos hacia sus hombros.

España, mi abuelita gloriosa, la que, como Josué, un día paró el sol en sus dominios; la que desparramó en mi continente su sangre, su idioma y su hidalguía, fué ahora, por justicia de la providencia, la designada entre las naciones para encontrar otra vez la nueva ruta, que, por serlo de la fraternidad, debía buscarse en el cielo.

Tenía que ser España. La misma que otro día armó conquistadores del mar océano a

tres aventureros del ensueño, precursores de Don Quijote, un iluso geógrafo y por escuderos dos hermanos Pinzones, lanzados a las soledades de horizontes inexplorables, en busca de tierras vírgenes que defender y preocupaciones mandrinas que matar. Y así fué como la virgen americana se desposó con la civilización de Cristo y los follones del aislamiento y el desierto se vieron combatidos a golpes de tizona.

Colón, no encontró el camino que perseguía equivocado, pero halló, en cambio, otro tesoro, aquel que reservan siempre las hadas a la fe perseverante.

Contrariamente ahora, Franco, no se equivocó en la concepción de la nueva vía. La creó y abrió simultáneamente, al venirla rompiendo entre las nubes, donde las tempestades respetuosas y los aquilones sumisos se dirían: ¡Al paso de Franco, franco el paso!

A otro latino, Vasco de Gama, tocó descubrir el derrotero que no logró Colón encontrar. Otro español, Núñez de Balboa, halló detrás de los Andes el océano máximo perdido para Europa. Y otros dos españoles, Magallanes y Elcano, antes que nadie, trazaron con las quillas de sus bajeles la primera curva de circunnavegación al rededor de la esfericidad del orbe.

El día que Colón gritó: ¡Tierra! la tierra toda despertó y se puso en pie.

Hoy que los hombres de ciencia, patrocinados por la corona española, otra vez, exclaman otra vez en idioma castellano: ¡Cielo, venga a nos el tu reino!, los cielos adiamantados del trópico han respondido, con las estrofas de sus constelaciones: ¡Humanidad! ¡Unión y amor, no guerra! ¡Noble España, ciencia y fe te harán salva!...

FLAVIO GUILLÉN

Guatemala, 20 febrero, 1926.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

■ Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

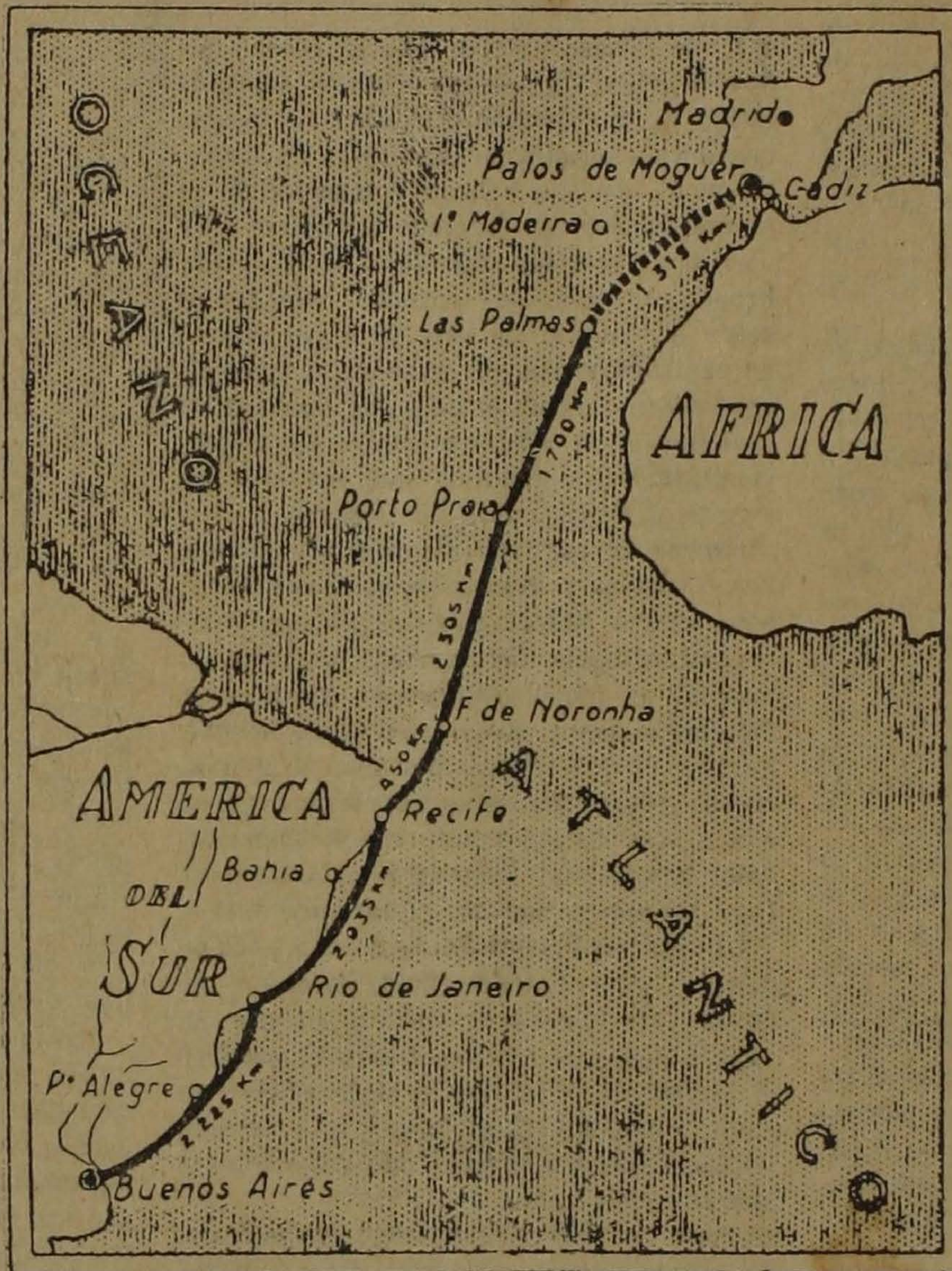
MÁLAGA, 10 de febrero, 1926.— El texto de la conversación sostenida por cable entre el monarca y el comandante Franco es el siguiente:

—Presente el Rey, que te felicita de todo corazón hermosa hazaña acabas realizar. Hazme el favor de adelantarme noticias del viaje e incidentes que hayas tenido, sobre todo después de haber pasado por Fernando Noronha, y regresar a amarar en aquellas aguas.

—Tripulación del *Plus Ultra* considera mayor galardón felicitación V. M. y da un viva al Rey. Detalles viaje: En el trayecto de Porto Praia a Fernando Noronha salimos tarde de Porto Praia por dificultades producidas por la marejada. A 900 kilómetros de la costa americana precisamos con el radiogoniómetro la estación de Olinde (Pernambuco). Después encontramos vapor en ruta que nos dió su situación dentro de nuestro derrotero. Viendo que no llegábamos con día a Noronha, y aunque había densa niebla, pusimos al máximo el régimen de los motores. Al poco tiempo precisamos por la proa las señales del goniómetro, y media hora después avistamos dicha isla. A pesar de ir a 200 kilómetros de velocidad no pudimos llegar con día, y con las últimas luces del crepúsculo amaramos a la vista de la isla,

y a unas 30 millas medimos la gasolina de los tanques y quedaban 900 litros, cantidad suficiente para haber llegado a Pernambuco. Navegando nos dirigimos al faro de Noronha, a pesar del mal estado del mar, y anclamos en el puerto de San Antonio. No fué posible desembarcar porque los botes no podían atracar a la playa por causa del mar. Al día siguiente emprendimos vuelo a Pernambuco, después de recoger a Durán. En el trayecto, debido a chubascos, se nos rompió hélice trasera y seguimos vuelo sólo con motor delantero, después de haber descargado el «hidro» de herramientas y equipajes, que tiramos al mar. Llegamos a Pernambuco hora y media después, amarando dentro del puerto, siendo ésta la primera tierra americana que pisamos. De Pernambuco a Río, viaje felicísimo. A la llegada a Río, una embarcación nos produjo ligeros desperfectos en timones, que fueron fácilmente reparados. En vuelo que hicimos en Río para probar motores, una avería en una tubería de esencia nos incendió un magneto del motor trasero, sin consecuencias. Fué una gran suerte por no haber ocurrido en vuelo. Al salir para Buenos Aires, en Río, quisimos elevar el vuelo a las cinco, pero la excesiva carga del avión nos obligó a

Franco informa al Rey



Croquis del vuelo Palos de Moguer -Buenos Aires

ensayos infructuosos hasta las siete y media de la mañana, que conseguimos salir. Ya no teníamos día suficiente para llegar a Buenos Aires, y sólo forzando los motores conseguimos llegar a Montevideo a las doce horas de vuelo, y ya anocheando llegamos a Montevideo. Recibimiento Montevideo entusiasta y muy ordenado, gracias a medidas tomadas por autoridades. Nos permitieron descansar toda la noche, y esta mañana fuimos recibidos por el Presidente, al que entregamos carta de Vuestra Majestad y saludo del Gobierno español, prometiendo regresar a recibir homenaje de la nación. Vuelo de Montevideo a Buenos Aires, una hora diez minutos, a pesar amarar durante él para tapar fuga de agua. Recibimiento entusiasta, y creo no saldremos con vida de esta población. Lo hacemos por V. M. y por la patria. Avión sigue en inmejorable estado y tripulación desea hacer honor al nombre del avión y nacionalidad.

—Está bien. Celebro que todo te haya salido bien. Como recuerdo de este día, te concedo llave de gentilhomme a ti, Ruiz de Alda y Durán, reservándome el demostrar mi gratitud a mecánico Rada. En este momento acabo firmar indulto legionario ferrolano, por el cual te interesabas. Tu familia

está toda bien y la tengo al corriente de tu viaje. Te repito fortísimo abrazo y grito con vosotros ¡Viva España! ¡Viva la Aviación española!

—Tripulación del *Plus Ultra* reciben nuevo honor de Vuestra Majestad con nombramiento de gentileshombres. En nombre del *Plus Ultra* y del pueblo del Ferrol, recibimos con mayor alegría indulto legionario ferrolano y hacemos votos por felicidad de Vuestra Majestad y de nuestra patria. *Plus Ultra*, con su viaje, ha realizado verdadera unión de pueblo iberoamericano. Nos unimos a gritar ¡Viva España! ¡Viva la Aviación española!, y del corazon nos sale un viva a nuestro Rey.

—Haz público mi saludo a nación Argentina y agradecimiento por recibimiento que te dispensa. Adiós.—ALFONSO, Rey.

—Agradezco profundamente todas las atenciones Vuestra Majestad, y continuaré informándole de cuanta novedad ocurra aquí.

(El Sol, Madrid).

Comentario

La conferencia del comandante Franco con el Rey tiene para nosotros el gran interés de que con admirable sencillez va dando cuenta de las dificultades vencidas; y al referirse a ellas, a pesar de la voluntaria sobriedad que fácilmente puede observarse en su relato, aparece bien claro que se trata de «un viaje» y no de una «carrera» o de un *record*. Un viaje realizado con maravillosa precisión y con gran fortuna, porque es difícil, casi imposible acercarse más al cumplimiento del programa y evitar la considerable cantidad de riesgos de todas clases que forzosamente debían encontrar en su ruta.

Mirábamos hacia la Argentina, siguiendo el vuelo del *Plus Ultra*, con espíritu deportivo y en una imaginaria lucha de velocidad a todo trance. Si hubiera sido ese el estado de espíritu a bordo del «hidro», seguramente no llega; porque su hazaña ha podido realizarse gracias a la pericia, serenidad y sangre fría con que lo han dirigido. Las palabras del comandante Franco en esa conferencia, tan breve, recuerdan los mejores relatos de viaje en las navegaciones más memorables. Llegar con seguridad, llegar bien, conservar siempre la facultad de mando sobre el aparato. Esto es lo esencial en un viaje. La diferencia es capital; en esta y en cualquiera otra aventura de amplio vuelo, siempre estará «el realizador» muy por encima del espectador.

(El Sol, Madrid).

Franco relata a *La Prensa* de Buenos Aires sus impresiones y sus proyectos para el futuro

Con Ramón Franco. — Hemos estado junto a Franco desde que abandonó su avión. Hablamos con él en todas partes, lo que no le extrañó, pues a poco de ver a nuestros cronistas ya dijo: «*La Prensa* está en todas partes. Desde Málaga hasta aquí, en cuanto he puesto el pie en tierra, he encontrado un representante de *La Prensa* que se ha adelantado a saludarme». Cambiamos frases e impresiones en medio de los apretujones de los que querían ser los primeros en mirarlo, saludarlo, estrecharle la mano, tocarlo, al desembarcar; en su mismo automóvil, al cruzar en carrera triunfal, a través de la muchedumbre que desbordaba en las calles y lo aclamaba sin cesar; en su alojamiento, cuando expresaba sus primeras palabras de agradecimiento y admiración por el homenaje que acababa de tributarle el pueblo de Buenos Aires, un poco nervioso, no repuesto de la emoción que embargaba su espíritu, que había vibrado al unísono de los que vitorearon a España y a él, y le cubrieron de flores en el camino recorrido; minutos después, cuando el dueño de casa le brindaba una copa de champaña al cederle su puesto; cuando en las oficinas de la Italcable su rostro rebotaba la emoción de su espíritu al comunicarse directamente con su rey, dándole cuenta del término de la gloriosa jornada y recibiendo felicitaciones y honores. Pero sólo recogimos frases. Dos horas después, en cambio, hablamos un poco más detenidamente, aunque todavía conservaba algo de su nerviosidad, como no podía ser en otra forma, en un espíritu doblemente impresionado por la realidad de su sueño de cruzar en vuelo el Atlántico desde Palos de Moguer a Buenos Aires y haber recibido una de las más grandes apoteosis que haya hecho este pueblo a hombre alguno.

El héroe. — Nos recibió de pie en su dormitorio, junto a una valija abierta tirada en el suelo, mientras su edecán, teniente Manni, y un secretario clasificaban los miles de telegramas de salutación enviados a Franco desde todo el interior de la República.

En seguida, entregándonos un paquete de fotografías de la partida enviadas desde Palos de Moguer por nuestro corresponsal, señor Herrero, nos dice: «Esto es para *La Prensa*», y repitiendo la frase, fué colocando en nuestras manos sobres con notas y fotografías de todos los puntos donde el *Plus*

Ultra ha ido haciendo escala, para agregar luego: «En todas partes me han dado cartas y encomiendas para *La Prensa*. Y ya ven que el mensajero no ha perdido nada y ha llegado en tiempo. Son varios kilos y sin cobrar la tasa, pero muy a gusto».

Mientras se agacha y va sacando de la valija todo lo que trae para *La Prensa*, lo observamos detenidamente. Tiene la tez tostada, los ojos vivos, el gesto sonriente y el cabello ensortijado. De poca estatura, pero de complexión robusta, a pesar de la severidad de su uniforme militar, sus modales, su palabra, su rostro, revelan su espíritu juvenil, los trazos de lo que aquí llamamos «un buen muchacho», pero a medida que conversa, de pronto se nos aparece en otra forma. Habla de su *raid*, de su país, de sus compañeros de viaje, y encontramos entonces al Franco militar, guerrero de Marruecos, héroe del cruce del Atlántico. Frase antes suave, amable, se torna cortada, brusca, si se quiere, que muestra un espíritu fuerte y rudo, hecho a martillo, tenaz, valiente, capaz de no ceder y dominarlo todo. Pero a poco todo aquello que ha parecido un rugido de tempestad, pasa. Y vuelve al Franco, que sin dejar de ser el varonil de

siempre y de todos los momentos, sonríe y reparte amabilidades y se arma de paciencia para dejarse cercar por los periodistas, firmarles autógrafos y hacerles blanco de una ironía o acercarlos más aún con una palabra gentil o una amabilidad, acompañada de leve sonrisa.

Un sueño hecho realidad.—Terminada la tarea de la entrega de los paquetes, la conversación avanza. Siempre de pie, en voz alta, como en un desborde de su espíritu, Franco nos dice:

«Mi *raid* ha terminado. Mi sueño es una realidad. Los aviadores españoles estábamos preparados para realizar cualquier proeza y debimos elegir una. Cubrir caminos que otros han recorrido, para darnos la satisfacción de batir *records* de menos tiempo empleado o de mayor amplitud de vuelo, nos pareció poco. Y entonces elegimos la ruta entre España y la Argentina, jamás surcada en hidroavión. Ibamos a unir una vez más, con otro lazo, pero esta vez por los aires, a los dos pueblos. Apenas recorrió España la noticia de este vuelo, nos llegaron palabras de aliento hasta de la última aldea. Es que todos los españoles

deseábamos íntimamente, sin decirlo, que fuéramos los de la misma raza los que cubriéramos esta etapa, y al intentar realizar mi sueño, intentaba realizar el de todos mis compatriotas. Con la Argentina nos separa la distancia solamente, y si a esta tierra la unieron otros con la nuestra por el mar, a nosotros nos cabe la satisfacción de haberla unido por los aires. Abreviada la distancia con nuestro hidroavión, estamos hoy más cerca que ayer».

Estaba seguro del éxito.—Franco, que sigue hablando entusiastamente del *raid*, agrega:

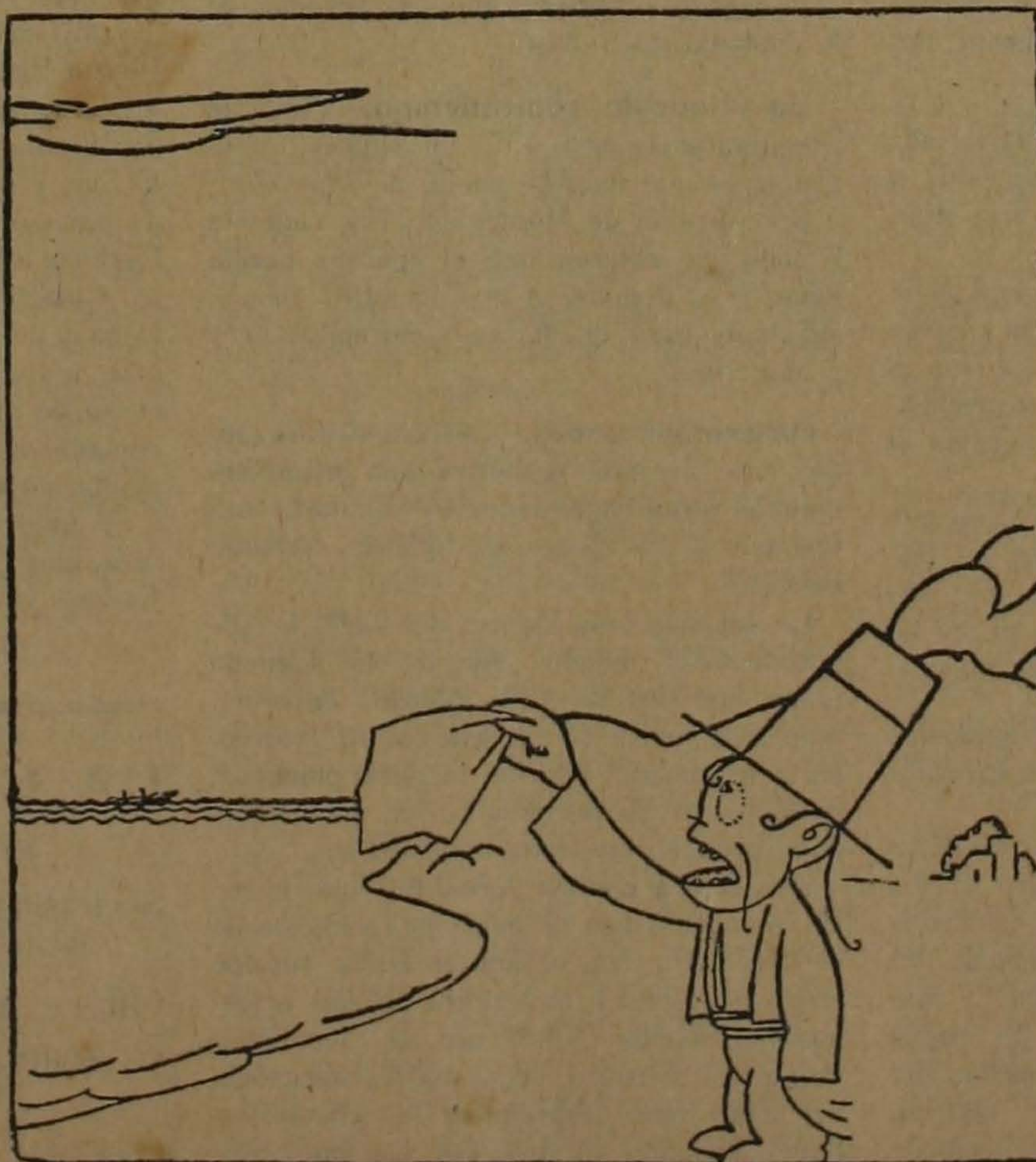
«Yo nunca dudé del éxito de este *raid*. Estaba seguro de que llegaría tal cual me lo había propuesto. De cien probabilidades teníamos noventa y nueve a nuestro favor y una en contra, y ésta hubiera sido por mala suerte; y como siempre me ha acompañado la buena suerte en todas las actividades de mi vida, no podía dudar. No ha sido un viaje calculado problemáticamente sino ejecutado con absoluta seguridad».

Nos atrevimos a preguntar a Franco los fundamentos de ese optimismo que le decidió a emprender y realizar el *raid* y nos contestó:

«He volado cinco años con-

El *raid* España-América,

Por Bagaría



—Dichosos vosotros, que vais a conseguir la gloria volando. Otros la consiguen a fuerza de arrastrarse.

secutivos en un avión igual al *Plus Ultra*, al punto de dominarlo en absoluto y tener una confianza ilimitada en su manejo, que, valga la frase, me es familiar. En esos cinco años no una, sino muchas veces he estado en el espacio 18 y 20 horas consecutivas, sin contratiempos, sin fallas de vuelo, de aparato, de espíritu o de fuerzas físicas. Y esa práctica la había adquirido sobre tierra, sobre el mar y hasta en plena lucha en Marruecos. Por lo tanto, las etapas largas, de muchas horas, en el vuelo por el océano, no podían presentarse como obstáculos difíciles de salvar.

»Pero este viaje, por más que teníamos esas bases, no es el fruto de la improvisación y el simple arriesgo personal. Lo estudiamos seis meses paciente y científicamente.

»Respecto al aparato, teníamos no solamente las pruebas de que ya he hablado, sino también el *raid* que efectuamos a las islas Canarias hace dos años. El hidroavión se desempeñó admirablemente durante el vuelo y, además, aguantó, sin sufrir averías, once días amarrado en una rada.

»Practicamos por espacio de varios meses con el radiogoniómetro, uno de los aparatos más útiles que hemos tenido en este viaje. Hicimos múltiples observaciones con los sextantes, arreglamos los compases y nos familiarizamos con ellos, y estudiamos y colocamos en excelentes condiciones el derivómetro. Todo esto se completó con el estudio de la ruta y el cálculo del uso de la gasolina para alimentar los motores, de acuerdo con el kilometraje de cada etapa.

»Los estudios nos han dado los buenos frutos que esperábamos y el aparato nos ha respondido ampliamente».

Ruiz de Alda y Durán.—Generalizada la conversación en rueda de periodistas y otras personas que le acaban de presentar, Franco nos dice:

«Respecto a Ruiz de Alda y Durán, ustedes sabrán hacer el elogio por su colaboración en el *raid*. Ruiz de Alda ha sido el oficial de ruta y para ello ha necesitado hacer estudios especiales. Esta mención lo dice todo.

»En cuanto a Durán, habrá que decir que es un excelente aviador y que en las largas etapas, cuando yo he tenido que observar algún detalle del aparato, él me ha reemplazado en la dirección del hidroavión».

El mecánico Rada.—Cuando hablamos de Rada el comandante Franco se apresura a decirnos:

«¡Cuidenme mucho, vean que me hace falta! Yo manejo el aparato, pero si los motores no andan bien, el vuelo sufre torpezas. Es un muchacho que vale mucho: no tiene temor a nada y es muy hábil. En Marruecos hemos recibido tiros en las ropas durante algunos ataques de los muchos que realizamos y nunca flaqueó su espíritu. Hubo vez que nuestro motor fué blanco de diez tiros y al día siguiente, por obra de Rada, el aparato quedaba listo para reanudar la campaña. Y así muchas veces y vuel-

tos al volar como antes. Es un mecánico de gran cabeza.

»A propósito de esto debo hacerles notar qué en la aviación española tenemos muy buenos mecánicos y acaso, en proporción, mejores mecánicos que aviadores. En la campaña de Marruecos los franceses estaban encantados de nuestros mecánicos y les llamaba la atención la facilidad con que éstos nos reparaban los aparatos en horas y nos los entregaban, después de cualquier percance, listos para volar como antes.

»Rada, agregó Franco, es un simple soldado. En España, los mecánicos tienen solamente esa graduación, porque cuando llegan a sargento ya mandan mucho y tratan de no ensuciarse las manos con los aceites y la gasolina.

»Rada es un soldado que se hizo en la escuela de Cuatro Vientos, una de nuestras grandes instituciones.

»Bueno, todo eso y mucho más es Rada; pero repito que deben cuidármelo. De día trabaja y si de noche me lo entretienen en juergas, que como a todo joven le encantan, no descansa y hasta no me duerme. En Río de Janeiro me lo atraparon unas niñas hasta las cinco de la mañana, y, es claro, luego, a la hora de labor, tenía sueño. En esta forma, hasta le puede flaquear la salud. Por eso, en Río de Janeiro, un día lo encerré en una cabina y me metí en el bolsillo la llave. En Montevideo lo tuve guardado en el crucero *Uruguay*, al cual trasbordamos. Si lo dejo salir esa noche, acaso no hubiéramos llegado hoy a Buenos Aires.

»Con eso verán por qué les recomiendo la custodia de Rada».

Un supuesto contratiempo.—Como le preguntáramos acerca de un supuesto contratiempo que habría tenido el *Plus Ultra* a poco de salir de Montevideo, nos contesta Franco que notaron que el aparato perdía agua, y se detuvieron dos minutos, tiempo suficiente para quedar todo normalizado y seguir viaje.

Otras impresiones.—El comandante Franco, ante nuestro requerimiento, manifestó algunas otras impresiones de su *raid*, contestando a las preguntas que le formuláramos.

La emoción más intensa del vuelo la experimentó el aviador durante la segunda etapa, las islas de Cabo Verde. Tuvo entonces la conciencia de que el *raid* terminaría felizmente, tal cual lo había planeado, porque cubierta felizmente esa etapa, quedaba probado que todo andaba bien.

Respecto a Buenos Aires, dijo que le había producido una hermosa impresión desde el *Plus Ultra*, con el cual se había cernido sobre la ciudad a una altura de más o menos 400 metros. Notó, eso sí, demasiado turbia la atmósfera, sucia por consecuencia del humo que desprendían las chimeneas. Luego, cuando la atravesó en automóvil, seducido por los aspectos que podía apreciar a través de la carrera, puso de relieve sus deseos de conocerla mejor. «¡Qué lás-

tima—le dijo al ministro de España—no poder recorrerla a pie!», pensando en que el pueblo no le daría ese descanso.

Recordó, como detalle curioso del vuelo, la incertidumbre en que cayeron al finalizar la primera etapa. Según los cálculos de navegación, debían hallarse encima de las islas de Las Palmas; pero, no obstante, no las alcanzaban a divisar desde el hidroavión, debido a la bruma que las envolvía. Luego lograron divisarlas y amarizaron con toda felicidad. Los cálculos, en efecto, no estaban equivocados.

En lo tocante a la etapa de Cabo Verde a la Isla de Fernando Noronha, manifestó que la noche y la falta de luna lo obligaron a descender, desistiendo de su propósito de seguir hasta Pernambuco.

Finalmente, al referirse a su descenso en Buenos Aires, dijo: «Tomé agua ahí para que me viera el público estacionado en el puerto. Iba a hacerlo más adentro, pero 4 o 5 embarcaciones me estaban la operación».

Viaje a Chile y otros proyectos.—La conversación sigue cada vez más interesante, y dejamos el pasado para hablar del futuro.

«Pienso permanecer aquí, nos dice, primeramente, unos diez días y luego me trasladaré por cinco días a Montevideo, donde hice la promesa de volver y visitarlos detenidamente. Regresaré después para quedarme otros diez días, más o menos.

»Durante mi estada han de verme otras veces por los aires, donde haré algunos vuelos de ensayo, pero no de paseo, porque este viaje no es de turismo.

»¿Mis proyectos para después? Les diré. Pienso irme a Chile, pero para ello tengo que estudiar la ruta. Me han dicho que la cordillera tiene sitios no muy altos, hacia el Sur, y acaso elija ese camino. En seguida pienso pasar, siempre volando por el Pacífico, a Perú, Ecuador, Colombia y México. Cumplida esa etapa, de México, iría a Cuba y de allí regresaría a España cruzando otra vez el Atlántico por aquella zona, tratando de que sea antes de mayo, pues más adelante los vientos y temporales nos dificultarían mucho el vuelo.

»Y todo esto por España y por nuestra raza, que es la de ustedes y las de los países que van incluidos en mi excursión».

(La Prensa, Buenos Aires).

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

El vigor de la raza



DESDE muy lejos han llegado hasta mí los ecos de las manifestaciones de estos días. ¿Por qué, reconociendo la bravura de los aviadores victoriosos, mi espíritu no ha podido juntarse a esos clamores de júbilo? Porque una antipática y tendenciosa populachería los mancillaba. No conozco nada tan repulsivo y pernicioso como la idolatría, que es la pobre ilusión de idealidad que se dan los necios. La gesta de esa cuarta travesía aérea del Atlántico es una bella heroicidad, y no pueden ser más que inconscientes enemigos de ella los que tan grotestecamente la caricaturizan.

La medida del valer de un pueblo se conoce por su reacción ante los grandes hechos. Cuando el pueblo es digno de ellos, sabe apreciarlos con perfecto sentido de la proporción. Como no le son extraños, se siente capaz de asimilarlos en su justa magnitud histórica y juzgarlos con clara visión. Pero cuando es inferior a ellos, los mira con asombro primitivo o selvático; en vez de la noble admiración, les tributa el frenesí alocado de los fanáticos o la supersticiosa adoración de los fetichistas. Una cosa es el goce estético del descubridor que contempla la tierra hasta entonces desconocida, y otra cosa es el espanto del indio ante la carabela o el cañón de los descubridores.

La nueva travesía del Océano es una contribución benemérita de España a la historia gloriosa de la aviación. Aunque no represente el mayor *raid* efectuado hasta ahora en vuelo sin escala, puesto que le superan, según mi recuerdo, el de Terranova-Chifden (Irlanda), 3.000 kilómetros, logrado por Alcock y Brown en Junio de 1919; el de Nueva York-San Diego, 4.032 kilómetros, de Mac-Ready y Kelly, en Mayo de 1923, y el de Etampes-Villa-Cisneros (junto a Dakar), de Arrachart y Lemaitre, en Febrero de 1925, de todos modos, la hazaña de Franco y sus compañeros es memorable y magnífica. Mas por lo mismo importa que sea digno de ella nuestro entusiasmo. La patria de los aviadores extranjeros cuyos nombres victoriosos acabo de citar no descompusieron su gesto ni cayeron en estridencias al tributarles el merecido aplauso.

Pero hay otro aspecto esencial en la actitud de nuestras multitudes de todas clases ante la hazaña. Por una inconsciente necesidad de consuelo y compensación para tristezas demasiado evidentes, se ha querido inducir de esa gloria un reflejo sobre la genérica vaguedad colectiva que suele designarse con el nombre de «la raza». Los grandes esfuerzos materiales suelen atraer con mayor prestigio la emulación de la plebe. Y como ella los comprende mejor, y únicamente le parecen superiores a ella por el valor cuantitativo, pero no por el cualitativo, con facilidad se les asimila como substancia propia, creyéndolos nacidos de

la energía difusa en la masa nacional. Sería curioso estudiar el proceso de narcisismo colectivo que impulsa a convertir los vótores al ídolo de las fuertes jornadas aparatosas en aclamaciones que nos hagan partícipes de su gloria. Esas jornadas contienen datos utilísimos de psicología colectiva. Se desborda en las multitudes, en esos momentos de anormalidad febril, una exaltación primitiva de religiosidad; un afán de reliquia, una extensión del sentimiento adrativo hacia todo lo que, más o menos cercanamente, se relaciona con los proclamados héroes excepcionales.

* *

Pasa el Carnaval bajo nuestros balcones. Una vez aún la memoria de Larra nos penetra glacialmente. Y pensamos: ¡El vigor de la raza! Acude a nuestra voz y a nuestra pluma, consolándonos, la clara visión del patriotismo eternamente insaciado, incapaz de mirarse al ombligo para cantar nuestra perfección definitiva. Mientras las turbas materializadas proclaman su contento, hay otra raza de espíritu, reclusa en el vigor fecundo de su descontento, que contempla, a cada uno de sus avances, la distancia enorme entre la vida y el ideal. Sube a las alturas, traspasa los mares invisibles; pero se grita a sí misma, como el héroe de Longfellow: ¡*Excelsior!* ¡Más arriba! «Sabe que no sabe nada». Sabe que la única prueba de superioridad reside en la conciencia de un nuevo afán insaciado, en la inquietud de un alma eternamente satisfecha y sedienta. Pero también sabe que lo bello es el camino, más que la llegada definitiva, que sería la muerte. Y sabe, en fin, que cuando alguien susurra a nuestro oído la tentación de adorarnos a nosotros mismos, lo hace porque tiene horror a nuestra marcha y a nuestra sed de conocimiento, puesto que se asienta sobre nuestra inmovilidad, resignada, ciega, conservativa y extática.

Conservemos con estoico valor nuestra realidad nacional. Dejemos ahora el vigor de nuestros brazos, la energía impávida de nuestra osadía... Atendamos, por unos momentos, al «otro» vigor, al vigor espiritual. ¿Quién negará que se nos ha reconocido incapaces de aquella categoría por la cual los pueblos ascienden a señores de sus propios destinos, árbitros de su soberanía, libres otórgadores de su poder? No queramos averiguar ahora si fué justo el descrédito de nuestras instituciones civiles. Lo cierto es que así fué proclamado a los cuatro vientos, y que el silencio público pareció aceptar esa mutilación. Cerráronse las puertas de las asambleas; levantóse el muro de la vieja justicia histórica, obstruyendo la

intervención popular; enmudecieron los comicios; fué otra vez ley «lo que place al príncipe», según la vieja definición autoritaria. Y las voces que ahora exaltan de alegría callaron o aprobaron. ¡El vigor de la raza!

Yo no dudo que hay, en las ocultas germinaciones del porvenir de España, otro vigor de raza, digno del canto de salutación. Pero esa otra España sabe que si se aclamara a sí misma dejaría de abrevarse en las fuentes generosas de su salvadora desazón, que le dan una nueva sed, a cada sorbo...

* *

El avión ha llegado a las playas de Buenos Aires. La madre saluda a la hija, opulenta, próspera, y sobre todo, grávida de porvenir. Pero las alas de ese avión han vibrado en el umbral de un Parlamento vivo; han dejado su resonancia triunfal en una Prensa libre; han trepidado bajo el saludo clamoroso de un pueblo emancipado. ¡Felices las naciones que saben acordar, como una armonía, sus dos rigores: el de su brazo y el de su cerebro, el de su bravura y el de su ideal, el de su fuerza y el de su libertad!

GABRIEL ALOMAR

(*La Libertad*, Madrid).

Plus Ultra!

ERA ayer... No hay que evocar un pasado histórico. Era ayer, como quien dice... Los años de nuestra infancia con los tranvías de mulas y los lentos simones; con el globo, inflado de humo, que se elevaba en la plaza de toros, llevando al tripulante acrobata suspendido del trapecio, y con las novelas de Julio Verne, leídas bajo la verde pantalla del mechero de gas...

¡*Cinco semanas en globo!*... En muchos hogares el padre era tan entusiasta de Verne como el hijo. Discutían los dos, cual buenos camaradas, las peripecias del viaje aéreo a través del Africa. Mientras el niño, excitado por aquellas aventuras, se sentía hombre, el hombre revivía los sueños de su propia niñez. «¡Qué gusto hacer un viaje así por los aires!... ¿verdad, pequeño?... Pero no creas — proseguía la voz adulta —, no creas que todo eso es tan fantástico como parece. La ciencia progresa mucho. Tal vez llegue un día en que el submarino del capitán Nemo exista de veras y en que los futuros aeronautas puedan en pocas semanas atravesar los Continentes... ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe!...»

Sólo unos años han pasado. Aquella voz adulta se apagó para siempre, dejando en el corazón filial resonancias inolvidables. Sólo unos años han pasado y la realidad ha ido mucho más de prisa que nuestras

conjeturas y nuestras esperanzas. No en semanas, sino en días, casi en horas, se dejan atrás los Continentes. La imaginación del viejo Verne se quedó corta. ¡Qué ingeniosos parecen ahora aquellos fascículos de cubiertas azules! La realidad ha ido más allá que nuestro propio pensamiento. ¡Más allá!... *Más allá, Plus Ultra*, es el nombre del hidroavión que está volando por encima del Atlántico, camino de América.

Verdaderamente, el hombre ha conquistado el dominio de la Tierra. Bajo las alas de su genio inventor, el planeta va resultando pequeño, tan pequeño... Hoy, como los bravos viajeros del *Plus Ultra*, se puede almorzar bajo las blancas azoteas de Andalucía y cenar entre las palmeras de Canarias. Unas horas más, y quien vió amanecer en las Islas Afortunadas, ve ponerse el sol tras de los cocoteros del Archipiélago de Cabo Verde. Otra jornada todavía, y el que por la mañana estaba en tierra africana, pisa por la tarde el suelo de América...

En unos pocos días todo cambia a los ojos de esos admirables viajeros. Cambia la hora. Sus relojes se encuentran con dos o tres horas de retraso. Cambia el clima. Cambia la estación. El invierno se trueca en verano. Cambia el firmamento. Las estrellas son otras, y en vano buscarían en aquel nuevo cielo las constelaciones que alumbraron su vida. En unos días, pocas horas de vuelo en conjunto, el viaje ha alcanzado perspectivas cósmicas.

Pero hay más. Siempre hay más. *Plus ultra!*... Lo que acaso nos produce mayor emoción son esas noticias que, durante el trayecto, surcan libremente el espacio infinito, llevadas por ondas imperceptibles. «Vamos bien, sin novedad...», dicen con su modesta sencillez de viajeros. «Volamos sobre nubes que están muy bajas; contamos llegar a las tres...» La noticia, abandonada al aire, es captada por cualquier navío, perdido en medio del Océano, y, recogida en una lejana estación, llega en un instante a los corrillos de la calle de Alcalá... ¡Cómo ha superado la realidad a nuestros más osados presentimientos infantiles! ¡Más allá! ¡Eso no lo soñaron nuestros héroes de Julio Verne, que lanzaban sus mensajes al mar dentro del casco de una botella!...

Sí. En unos años la realidad ha volado más velozmente que nuestra misma fantasía. La vida ha desbordado el vaso de nuestras ideas. Ello es asombroso, magnífico. Pero... Pero siempre hay más allá.

Volvamos a recordar nuestro ayer. Los ingenuos lectores de *Cinco semanas en globo* comenzamos pronto a sentir las vitales inquietudes de la adolescencia. No tardamos en olvidar al buen Verne ni en devorar, en cambio, obras de tesis, páginas románticas, escritos idealistas, volúmenes de los grandes pensadores, los reformadores políticos, los precursores sociales, que adquiríamos, quizás a hurtadillas, por unas piezas de cobre, en los puestos de libros viejos.

Plus ultra!... También en el orbe espiritual empezamos a entrever un más allá. No terminaba el Universo en las columnas de

Hércules de la tradición conservadora que se obstinaban en cerrarnos el camino ideal, surgía en nuestra mente un mundo nuevo, un mundo de humana armonía, iluminado por la libertad, un mundo de justicia y de amor, que comenzaba apenas a dibujarse entre las nieblas rosadas del porvenir.

En este otro orden de previsiones, ¿también la realidad ha superado, por ventura, a nuestros sueños?

Nadie se atrevería a contestar afirmativamente. El mundo material se rinde a nuestras plantas; es verdad. El planeta se ha hecho pequeño, dominable, bajo las alas del avión; es cierto. Pero esta generación nuestra, que se eleva sobre las cordilleras, une a los Continentes y vence al espacio, ¿ha conseguido, a la vez, superar los atávicos prejuicios, la ciega ignorancia, la fanática obstinación, las viejas iniquidades, los odios destructores? En la vida social y económica y política, ¿volamos también más allá, siempre más allá, con alma de valerosos descubridores, elevándonos a zonas más altas, más libres, más luminosas?...

La atmósfera que, como vibrando de emoción, transmitía aquellas noticias del raid aéreo, enviaba, al mismo tiempo, otras distintas nuevas. «Combate en Siria...» «El sultán Ibn Seud se propone emprender una nueva guerra...» «Budapest, 26.—La política y la falsificación de billetes...» «Roma, 26.—La ley fascista contra los emigrados políticos...» «Perderán, en virtud de esa ley, la nacionalidad italiana los señores Nitti, Salvemini, Ricciotti Garibaldi...» ¿Será posible? ¡Hombres de Estado, prestigios de la cátedra, nombres gloriosos, se verán expulsados del ámbito espiritual de la patria por no estar conformes con el Gobierno que de momento la rige!... «Telegrafían de Atenas que el general Pangalos ha publicado un decreto prohibiendo, bajo pena de muerte en la horca, publicar artículos contra el empréstito forzoso...» ¿Será verdad?... Basta que sea verosímil y que la noticia circule sin provocar un clamor de la conciencia universal, para que percibamos cuán lejos vivimos todavía de aquel «más allá» que columbrábamos en nuestras lecturas juveniles.

Gran cosa es, ciertamente, el dominio del hombre sobre la Naturaleza! ¡Vitor a los nuevos héroes, los héroes del aire!... Pero el avance sobre el mundo físico no queda igualado por el progreso en el mundo de las almas. El hombre ha domeñado las fuerzas naturales, cabalgando sobre ellas como el hábil jinete sobre el caballo vigoroso. La carrera es rapidísima, acelerada, fantástica. Inmenso, el camino recorrido. Mas el generoso corcel, la Naturaleza sojuzgada, podría volverse a preguntar al caballero: «Fuí buen esclavo, ¿verdad? ¡Cuánto avanzamos juntos! ¿Te acercas a la meta que tu razón señala?...» Y el jinete habría de responder, acaso: «Lo malo es, fiel compañero sometido, que ambos corremos, corremos, y yo no sé ya a dónde quería ir...»

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

De Palos a Buenos Aires

LA travesía aérea entre Palos de Moguer y Buenos Aires, con varias escalas, que van a intentar de un momento a otro el comandante Franco y el capitán Ruiz de Alda, es esperada con mucha curiosidad en el extranjero, y señaladamente en toda América. Ese viaje, tan largo y lleno de riesgos, había tentado más de una vez a la aviación italiana. En nn tiempo, D'Annunzio estuvo a punto de emprenderlo. Recientemente otro aviador italiano ha seguido ese itinerario, sin que hasta la fecha haya logrado llegar a mitad del camino. Hace pocos años dos aviadores portugueses consiguieron ganar el Brasil. Ahora es el turno de la aviación española. Mañana será el de la francesa o el de alguno de los países europeos interesados en impresionar con su técnica, y sobre todo con el arrojo de sus hombres, a la América hispánica. Europa no ceja en sus afanes por retener la admiración de los americanos, y es de celebrar que España tome parte en estos certámenes del progreso mecánico y del esfuerzo personal. Lo necesita, además, más que ninguna otra nación. Con ello rehace poco a poco su personalidad histórica, afirmando su avidez de futuro.

Para los que sólo miden la grandeza de un país por el poderío de sus armas o de su economía, estas tentativas individuales carecen de trascendencia. ¡Qué importa —piensan— que el recorrido aéreo Europa y Buenos Aires lo haga un aviador de esta o la otra nacionalidad? Dentro de pocos años, la navegación aérea no tendrá dificultades y estará al alcance de todos los pueblos medianamente cultos, como lo están la marítima y los trasportes terrestres. Las proezas de hoy serán el lugar común de mañana, de un mañana próximo. Es verdad. Pero este excepticismo, si se generalizara, mataría en el individuo todo impulso vital, toda voluntad de ser. La ciencia, ¿no es superada cada día? ¿No envejecen las formas del arte? ¿No empequeñece o destruye el tiempo transformaciones políticas que en su época parecían inmensas? ¿No cambia históricamente la verdad y la justicia? ¿No evoluciona todo sin pausa ni término?

La personalidad de un pueblo no se valora sólo por su fuerza y su riqueza. El Estado puede ser inepto. La sociedad puede carecer de aptitudes, de organización y disciplina. Quedan entonces las reservas individuales, las personalidades sueltas que suplen la deficiencia colectiva y pueden hacer respetable y estimada la personalidad de una nación. Un hombre solo, a veces, vale por siglos de historia muerta, sin un hecho ejemplar, sin una idea aprovechable, sin una obra que merezca recordarse. ¿Quién ha hecho más que Cervantes porque España sea un valor histórico de primer orden? ¿Y quién ha hecho más daño que él, con su autobiográfica y humorística, es decir,

amorosa burla del quijotismo, al genio de los españoles?

Desde hace siglos se viene combatiendo el llamado individualismo español, o sea, su aversión a obrar mancomunadamente. Esto estaba bien, porque el individuo solitario o el pueblo compuesto de individualidades aisladas está condenado a indefectible impotencia en un mundo donde todo se organiza en escala cada vez más gigantesca. Pero el individualismo tiene también otro aspecto, una dimensión interior, según la cual el hombre aspira a dar de sí el máximo de su personalidad, a realizarse con toda plenitud. Con el sermoneo anti-individualista no se ha conseguido que el español se despersonalice en provecho del Estado o de la sociedad, como un americano del Norte; pero, en cambio, se iba sofocando en él todo anhelo de ser como individuo, de expresarse en una personalidad eminente. Se le había desquijotizado sin haberlo sanchizado del todo.

Por fortuna, después de un largo período en que el español vivió como replegado en sí mismo, sin decidirse a ser nada como partícula social ni como individualidad aislada, en parte narcotizado con sus leyendas históricas y en parte escarmentado por los golpes de una realidad adversa, como había aprendido entre burlas y veras, de Cervantes, se advierte ya un nuevo cambio psicológico, una corrección del individualismo en lo que tiene de externo, y un renacimiento de su resorte interior, de vida y voluntad, en el fondo la misma cosa. Desde el siglo de oro, probablemente, no ha habido tantos españoles como ahora con una ambición de universalidad en las ciencias, en las artes puras y técnicas y en los negocios. Acaso la política sea en esto, como lo demás, la actividad más atrasada, tal vez porque en ella el individuo no ha encontrado aún las condiciones adecuadas al máximo desenvolvimiento de su personalidad. Y es curioso que en casi todos los españoles que ya han logrado eminencia universal la voluntad de ser del individuo vaya asociada siempre a la conciencia de la nacionalidad. El caso de D. Santiago Ramón y Cajal es típico, según confiesa en sus *Recuerdos*: buscó sobresalir en la ciencia, no sólo como hombre, sino como ciudadano español. Quiso ser grande por sí y engrandecer a su nación. He aquí un nacionalismo que no puede ofender al más extremadamente internacionalista.

Hace medio siglo, hace un cuarto de siglo, el español no sentía aún este prurito de emular a los demás hombres en el ejercicio de la inteligencia, de la creación, de la temeridad o simplemente de la destreza. Hoy es raro el concurso internacional del espíritu o de la habilidad en que el español no meta también su baza. Muchas veces la preparación es defectuosa y los resultados poco satisfactorios. Pero lo importante es que exista esa voluntad de ser como individuos y como nación. Por esto celebramos la expedición de los aviadores españoles a Buenos Aires. Llegarán o no llegarán, y hacemos votos

porque los acompañe la fortuna y los premie el buen éxito. Pero el solo hecho de que intenten ese crucero aéreo es ya un triunfo de la voluntad que debe enorgullecer a toda la España vital, la que quiere ir de cara al futuro.

LUIS ARAQUISTAIN

(*El Sol*, Madrid).

Una salutación a Franco y a sus compañeros

Señor comandante Franco: Señores tripulantes del *Plus Ultra*:

Estamos aquí para festejar vuestra victoria, esa incruenta victoria que ha constituido vuestra hazaña y que ha engendrado un júbilo frenético, más aún que por la hazaña en sí, por la manera limpia y rotunda con que la habéis realizado.

Es la vuestra una victoria humana, universal, que pertenece a todos los hombres, porque constituye una batalla victoriosa en la lucha milenaria que la humanidad sostiene para dominar a la naturaleza. Victoria generosa, clara y pura, en la que todos son vencedores, que no hace derramar lágrimas, si no son de entusiasmo y gratitud; que no vierte la sangre fraternal, sino que la hace hervir en los corazones con la alegría y el orgullo de sentir acrecentado el poder de la especie. Victoria de las únicas batallas, redentoras y fecundas, que librarían ya los hombres si la cultura moral del occidente estuviera, por lo menos, a la altura de su cultura intelectual.

Vosotros representáis, socialmente, la fuerza organizada, ceñís espada al cinto, y sin embargo, en esta ocasión, la habéis utilizado solamente para trazar una línea luminosa sobre el azul de los cielos, señalando un sendero, ya imborrable, que une en fraternal abrazo a América con Europa. No conducías en vuestro avión ni bombas destructoras ni gases asfixiantes, sino sólo mensajes de fraternidad; y con tan frágiles armas y con vuestro valor viril, saturado de ciencia y voluntad, habéis logrado victorias más colosales que las obtenidas en la gran guerra última, porque habéis conquistado millones de corazones de libres pechos americanos.

Y es que vuestra hazaña ha realizado el ideal latente de América, de que la fuerza se ponga al servicio del hombre y para el bien de la humanidad. Ese noble y fecundo imperialismo del bien es el que habéis encarnado en esta ocasión vosotros, valientes exploradores de las rutas invisibles. Y ved cómo se os rinden las voluntades, cómo se entregan abiertos los corazones, cómo se acoge con hondo júbilo el acento cordial de los mensajes que traéis para los hombres de estas pródigas tierras a través de los cielos del Atlántico.

Hoy que, según los escépticos, no hay nada por conquistar y todo ha sido ya descubierto, vuestro sencillo heroísmo ha rea-

lizado el milagro de descubrir otra vez a América. Habéis descubierto, sí, habéis revelado a todos, aun a los mismos americanos, una América nueva, apenas sospechada: la América solidaria, que siente por vez primera vibrar profundamente, sobreponiéndose a todas las diferencias efímeras, la comunidad de origen y de sangre.

Y es que vuestra eximia acción ha estremecido las fibras más hondas de la raza, ha encendido la cálida sangre ibérica en el corazón americano e inflamado de entusiasmo nuestra vieja alma latina, tan sedienta de idealismos,

Sabíamos que la audacia y el valor eran legendarios patrimonios de la raza, que trazaron en la historia epopeyas tan desmesuradas que no han tenido aún digno cantor; gloriosas epopeyas que culminaron en el descubrimiento y la conquista de este Nuevo Mundo, con el cual se dilataron los horizontes humanos y la tierra fué redondeada. Pero además de que tales cualidades parecían hoy soterradas, y sin valor en la vida de nuestros tiempos, dudábamos de que pudieran aunarse a ellas la ciencia, la reflexión y la voluntad. Y he aquí que de repente, vuestra proeza, realizada con la fría, impenetrable previsión del sabio, y la audacia temeraria de los héroes, y cumplida como un acto sencillo y natural, demuestra con la evidencia tangible de los hechos que esa alianza es posible, y que el valor y la audacia, trocados en vehículo y en instrumento del conocimiento y la cultura, pueden osarlo todo. Y bien, señores: el día en que nuestra raza incorpore el saber y la voluntad a sus cualidades dominantes de temeridad y de heroísmo podrá afirmarse que una nueva civilización, la del dominio del hombre sobre las cosas, ha aparecido en el mundo. Ha sido, por tanto, vuestra aeronave como alondra mañanera cuyo canto anuncia, para nuestra raza, el amanecer de un fausto día.

Este despertar jocundo del sentimiento racial en el alma de América Mayor, como la ha denominado Korn Villafañe, marca la iniciación de una era nueva.

Esto es lo que el pueblo ha sentido con su intuición inequívoca, y por eso ha estallado su entusiasmo con ímpetu magnífico. Hace ya mucho tiempo que la raza anhelaba un héroe auténtico, en quien el valor no fuese una virtud fisiológica, aplicable únicamente a los deportes, sino producto de reflexión y conocimiento puesto al servicio del bien del hombre en las conquistas modernas. Y así en la proa del *Plus Ultra* ha descifrado la raza un augurio triunfador de sus destinos futuros.

Por eso han reverdecido en el alma popular los antiguos laureles del Romancero y ha palpitado en el pecho americano la sangre generosa, altiva y noble de Rodrigo de Vivar, el bravo Cid Campeador.

Habéis caminado, así, con vuestra nave aérea, más que a través de los cielos y las nubes, a través del sentimiento americano, y habéis conseguido unir, en un solo latido de emoción, el viejo solar ibérico de los Pizarro y los Magallanes, donde alienta la

sangre de la raza con el hervor y la densidad de un vino añejo y la América del porvenir donde, brotada de cepa ibérica, se funde la quinta raza o la raza cósmica, según quiere Vasconcelos, forjada con la sangre de hombres procedentes de todos los pueblos de la tierra, pero que conserva y aquilata su alma latina y templada su pecho ibérico.

Ved el milagro de persistencia de nuestra raza, que le permite afianzar su fe en el porvenir. De este crisol gigantesco que es la República Argentina, donde vienen a fundirse sin limitación, todas las diversidades de la especie, por la virtud de la estirpe y la magia del idioma no surge un producto híbrido ni exótico, sino un ibero renovado que atesora las virtudes esenciales de la raza, valorizadas por la potencia de un fecundo dinamismo e integradas con nuevas cualidades.

Así han surgido Sarmiento, Alberdi, Mitre, Almafuerte, un Hipólito Irigoyen, fundador del Día de la Raza, en quienes toda la comunidad de habla española pueden reconocer los prototipos de su propia estirpe.

Habéis trazado con vuestro vuelo la parábola magnífica que une el pasado viviente con el porvenir en marcha. Ahora sólo faltaría, para dar cima completa a vuestra hazaña, que recorrierais el resto de esta América, hasta el intrépido Méjico, donde renace pujante el sentimiento racial, que lo eleva a campeón del ibero-americanismo.

Señor comandante Franco, señores tripulantes del *Plus Ultra*: La altura, la precisión y la índole universal de vuestra victoria la erigen en conquista de la voluntad humana para agregarla al acervo de la civilización.

El fraternal sentimiento que ha inspirado vuestra hazaña y las cualidades singulares con que la habéis realizado han constituido una revelación para la raza que se ha sentido ligada por indisoluble vínculo, a través de los mares, y ha estallado en unánime aclamación, vislumbrando un futuro promisor de unión fecunda y gloriosa.

Por todo ello nuestra raza os queda reconocida para siempre.

ANTONIO HERRERO

(*El Argentino*, La Plata).

El mensaje a América

En la jornada de los aviadores

DON FRANCISCO.—¡Llegaron!

FARFAN.—¡Llegaron!

DON FRANCISCO.—Bebamos en tu honor una copa del rubio champaña, que decía Rubén, y hagamos una libación a Hermes, de pies ligeros.

FARFAN.—Este vino bárbaro haría estornudar a los dioses, acostumbrados a los vinos densos y olorosos de Chios y de Chipre. Les parecería acaso néctar con seltz. Derramemos nuestra libación en palabras. La conversación es la moneda mediana de la meditación.

DON FRANCISCO.—Vaya por la conversación. Es nuestro habitual recreo, superior al de combinar fichas chinas o barajar tarots de España o de Francia. Combinamos y disociamos ideas, y, haciéndolo, oficiamos en el rito de la actualidad, diosa de todas las mitologías.

FARFAN.—Que ahora ha tenido su momento de emoción colectiva...

DON FRANCISCO.—Uno de los pocos en que pueden juntarse sin segundas intenciones y sin desdoro tirios y troyanos. Esta emoción, por lo mismo que es franca y sincera y se ha formado sin percalinas ni murgas, ni sueltos de contaduría, se ha manifestado con cierta lentitud. Al principio, parecía que el viento del entusiasmo soplabla con más fuerza de América a Europa que de Europa a América.

FARFAN.—Es natural. Estamos tan acostumbrados a la marcha del cangrejo o de la tortuga, que ese gesto alegre y atrevido del vuelo sobre el mar hacia las tierras nuevas tenía que desconcertar un poco a la muchedumbre, como una actitud insólita y una desusada aventura.

DON FRANCISCO.—Ese es precisamente su valor simbólico. Enviamos a América un mensaje de capacidad y de modernidad, en vez de mostrarle, como de costumbre, los venerables pergaminos del Archivo de Indias, y de citarla en el panteón de El Escorial.

FARFAN.—El vuelo de los aviadores es el mejor acto de hispanoamericanismo que se realiza hace tiempo. Aquellos pueblos nuevos tienen el entusiasmo deportivo de los jóvenes. No es sólo por el placer vital del juego y de la aventura, ni por el resabio de la lucha con la Naturaleza y con la indiada. En el caso de la aviación, el entusiasmo americano es como una revelación instintiva de la necesidad que sienten estas naciones mozas de conquistar rápidamente el tiempo y el espacio: el tiempo, para igualarse con sus progenitores europeos y adelantarlos; el espacio, para desarrollar su personalidad colectiva, Pueblos de vastos territorios, de población escasa para el suelo: uno de sus grandes problemas es el de las comunicaciones. El ferrocarril, los buques de vapor, los automóviles y las máquinas voladoras son allí las primeras herramientas del progreso. Wells dice que la máquina de vapor hizo posible el bloque de los Estados Unidos, juntando las colonias distantes. El Canal de Panamá ha abierto acaso otra época en la historia del coloso norteamericano,

DON FRANCISCO.—En la pasión por la aeronáutica influye también en América otro sentimiento: el de la modernidad. Las tierras de América son tierras de futuro. Lo moderno les seduce legítimamente: es la voz del destino. Hasta los pueblos más rezagados, que padecen las enfermedades de una laboriosa infancia civil, como las tiranías, que suelen ser el sarampión o la escarlatina de las democracias nacientes, tienen el amor y el pudor de la modernidad; y procuran conservar el decoro exterior de las formas políticas.

FARFAN.—En nuestras relaciones con América es sin duda un brillante episodio la gesta de los aviadores. Es verdad que no podemos pretender la exclusiva. Los norteamericanos, con el lujo de recursos de una gran potencia marítima, cruzaron el Atlántico por la vía aérea más breve; lo cruzaron con escasos elementos, con un gran esfuerzo valeroso y científico, los portugueses, a quienes debemos consagrar un recuerdo fraternal; lo han cruzado bizarramente nuestros aviadores; cada viaje ha ido perfeccionando la empresa: la continuarán los aviadores franceses, italianos, ingleses, los de todo el mundo, porque todos los argonautas tienen los ojos puestos en América, tierra del vellocino de oro. Los aviadores de América devolverán estas visitas. Es honroso y satisfactorio para nosotros que España haya puesto su firma en una de las primeras páginas de este álbum de los aires.

DON FRANCISCO.—Sin perjuicio de pensar en América, podemos pensar también un poco en nosotros. Como tónico moral, la empresa de los aviadores me parece superior a los desacreditados específicos que nos recetan de ordinario y hasta nos hacen tomar por fuerza. El temple español anda decaído. Un buen clínico como Silvela no nos encontraba el pulso; Costa, con la exageración indignada propia de los profetas, y necesaria acaso para el profetismo, nos afrentó para regenerarnos, señalándonos como un excelente plantel de servidores del serrallo. ¿Quién sabe si el gesto audaz y juvenil de los aviadores empezará a rejuvenecer las voluntades?

FARFAN.—Empresa más difícil que el salto aéreo de una a otra orilla del Atlántico. Es un sonoro aldabonazo; ¿pero cuántos necesitará el durmiente para desperezarse? Llevamos medio siglo cumplido desde que Don Quijote, molido a fuerza de guerras civiles y de conatos de revoluciones, abandonó las aventuras, siguiendo el dictamen de Sancho, y se echó a dormir en su aldea. El cura, el barbero y Sancho llevan desde entonces la voz en el lugar; mas su cordura no ha mejorado la locura de Don Quijote. Esa cordura parda y cazarra, no ha dado a la aldea mejores días, ni siquiera más divertidos, que las aventuras de Don Quijote. Alguna vez el hidalgo, al ruido de una catástrofe o estropicio, se ha removido en el lecho, pero sin acabar de despertar.

DON FRANCISCO.—¿Y usted cree que le despabilará el ruido de los motores aéreos?

FARFAN.—¿Quién sabe? Es un ruido nuevo.

ANDRENIO

(*La Voz*, Madrid)



Otras voces

MADRID, febrero 9.—Con emocionante simpatía y ferviente anhelo del triunfo final, toda España sigue al *Plus Ultra*. No es cierto el símbolo de la cucaña, según el cual los españoles tiran de los pies a todo conacional que pretende ascender. Los españoles sólo se oponen a la simulación en las ascensiones muy frecuentes entre las viejas costumbres de la vida pública; pero nunca cuando la elevación es fruto de la ciencia, de la pericia, del valor, de la gallardía y del fuerte deseo de la inmortalidad.

Entonces toda España responde con un aplauso cerrado.

Al cruzar las alas del *Plus Ultra* el cielo argentino, tan grato a mis ojos, envío a los bravos aeronautas mi alborozado saludo, juntamente con veintidós millones de almas que siguen conmovidas la estela triunfal.

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

MADRID, febrero 9.—Los grandes inventos han sido siempre para la humanidad. El barco a vapor, la locomotora, el telégrafo, han ensanchado la gran familia humana. La hazaña de los aviadores españoles contribuirá a esa obra redentora, y celebremos que sean españoles quienes aportan ese concurso a la humanidad.

Ansiemos fervientemente, con vehemencia, que un ambiente tal de espiritualidad rodee al planeta y que haga imposible, aun en el más apartado rincón, el imperio de la violencia y de la injusticia.

AZORÍN

MADRID, febrero 9.—Al abrir la ruta aérea, que une a ambos continentes, Franco y sus intrépidos compañeros han provocado la admiración universal por su gesto heroico y han elevado en el mundo el prestigio de España.

Por intermedio de *La Prensa*, gran diario propulsor de los progresos argentinos y admirador de los progresos españoles y que fomenta con eficacia la incesante compenetración hispanoamericana, quiero enviar un saludo fervoroso a esos aeronautas heroicos, cuya capacidad técnica es paralela al temple de su espíritu, que tiene tanta fortaleza como los bloques de mármol donde esculpo mis estatuas.

MARIANO BENLIURÉ

MADRID, febrero 9.—Agradezco a *La Prensa* la ocasión que me brinda de saludar a los aviadores. Diga especialmente a los navarricos Alda y Rada, que así como en el siglo XIII los navarros mandados por el castellano Alfonso IX rompieron las cadenas de negros que protegían a Miramamolín, así ellos, mandados por el gallego Franco, han roto las cadenas de la desconfianza, la timidez y la incuria que paralizaban al genio español.

Pídales que expresen el amor del pue-

blo español hacia los pueblos americanos y ruego a Dios que conserve las preciosas vidas de esos aviadores y que mantenga hasta la muerte en sus corazones, como divisa de sus nobles existencias, el nombre del hidropilano *Plus Ultra*.

¡Navarra siempre adelante!

RAMIRO DE MAEZTU

MADRID, febrero 9.—El hidro en que cabalgan Franco, Alda y Rada, va provisto de dos poderosos motores, con los cuales se llega a todas partes. Estos motores se llaman: uno, Inteligencia y otro, Voluntad.

Del maridaje equitativo de la voluntad con la inteligencia se engendran los verdaderos milagros y las verdaderas hazañas, lo mismo de anales modernos que de crónicas antiguas.

Estos tres jinetes del viento han recorrido la ruta invisible guiados por voces sobrenaturales, como Juana de Arco. Este es el milagro. Sólo que hoy día las voces sobrenaturales están señoreadas por la inteligencia y la voluntad en aparatos de la radio.

La hazaña moderna supera a las hazañas de antaño.

Dijose que Castilla ibase extendiendo ante los pies del caballo del Cid. Ante las alas de estos modernos caballeros de Pegaso, el espacio de la tierra se contrae en la misma proporción en que el buen nombre de España se dilata. La empresa audaz y feliz de estos tres argonautas del cielo, demuestra aquello que vengo sosteniendo siempre: que la calidad individual del español puede compararse ventajosamente con la de cualquier hombre de primera calidad de cualquier nación de primera jerarquía puesto que la voluntad y la inteligencia del español no ceden en grado ni en potencia a las de ninguna otra sangre.

Todo lo que un hombre cualquiera sea

capaz de hacer, un español lo hace igual o mejor. Esto no ofrece duda.

¿Cuándo tendrá España la fortuna de poseer una forma de gobierno dotada siquiera de un rudimentario sentido común nacional, que armonice y multiplique este tesoro de voluntades e inteligencias, ahora cohibidas, sojuzgadas, castigadas o dispersas?

Entonces será la hora de España. Hasta entonces será nada más que el éxito o el triunfo individual de un español, para que el mundo no olvide que España vive todavía. Pero es muy poco...

Así piensa un buen español.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

MADRID, febrero 9.—No ha muerto en España la serenidad imperturbable ante el peligro, la fe heroica en el esfuerzo, la audacia impávida ante la muerte.

En efecto, prosigue con el comandante Franco y sus compañeros la magnífica epopeya que España trazó una vez, las huellas más hondas y vastas que haya dejado pueblo alguno. Si ayer fué España la primera que llegó con las velas desplegadas al Nuevo Mundo, hoy es también la primera que arriba con las alas abiertas en busca de sus hijos.

El *Plus Ultra*, que simboliza el genio de la raza, vibra sobre el abismo y la distancia, y acaba de llevar a América lo más eterno del alma hispana.

Vuestro vuelo inmortal consume, pues, la unificación espiritual de la raza; cubriendo con la sombra de sus alas tendidas hacia el porvenir la huella de Colón y de los descubridores.

EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA, ministro plenipotenciario de Chile; ALVES DE ARAUJO, ministro plenipotenciario del Brasil; R. SCHNEBERG, ministro del Salvador; ENRIQUE TRAUTMANN, cónsul general de Guatemala, decano del cuerpo consular americano en Madrid; FERNÁNDEZ MEDINA, ministro del Uruguay; E. S. LEGUÍA, ministro del Perú; O'LEARY, encargado de negocios del Para-

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

guay; OSVALDO BACIL, ministro de la República Dominicana; ALBERTO URBANEJA, encargado de negocios de Venezuela; A. OSTRÍA GUTIÉRREZ, encargado de negocios de Bolivia; M. GARCÍA KHOLY, ministro de Cuba; LAZO DE LA VEGA, encargado de negocios de Panamá; ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ, ministro de México; GUILLERMO CAMACHO CARRIZO, ministro de Colombia.

(La Prensa, Buenos Aires).

Bibliografía titular selecta

LOS LIBROS DE LA SEMANA

Donación de los autores:

Filosofía

ENRIQUE MOLINA.—*Dos filósofos contemporáneos. Guyau - Bergson.*—Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1925; pp. 382.

Plan de la obra:

LA FILOSOFÍA DE GUYAU. I.—El filósofo poeta. II.—La estética. III.—La educación. IV.—La moral de Epicuro y la moral inglesa contemporánea. V.—La moral sin obligación ni sanción. VI.—La religión.

LA FILOSOFÍA DE BERGSON. I.—Error y verdad. II.—El método intuitivo. III.—Algunos caracteres generales del intuicionismo. IV.—La creación y la evolución. V.—El instinto y la inteligencia. VI.—El origen de la materia y de la vida. Dualismo y espiritualismo. Naturaleza del hombre. VII.—El espíritu. VIII.—La libertad. CONCLUSIÓN.

APÉNDICE.—Notas sobre el origen de la vida.

ENRIQUE MOLINA.—*Por los Valores Espirituales.* Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1925; pp. 186.

Ensayos que contiene:

Juventud y Valores espirituales.—Psicología de los Libros.—Berta Singerman.—Los Estudiantes y los Problemas sociales.—Tiempos de Renovación.—La obra de José Vasconcelos.—El nacionalismo y la solidaridad.—La Doctrina de Monroe y el Panamericanismo.—Espejismos.—Cultura interior.—Discurso a los Estudiantes de Medicina de la Universidad de Chile.—Ideología del señor Leopoldo Lugones.

Poesía

MARÍA MONVEL.—*Las mejores poesías.*—(Líricas). Editorial Cervantes. Barcelona; pp. 64.

Historia

JOSÉ AUSTRIA.—*La Batalla de Boyacá y sus consecuencias militares y políticas.* Quito, Ecuador; pp. 80.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

EN EL HOGAR

Una UNDERWOOD PORTATIL



FUERTE, LIVIANA Y BIEN PRESENTADA

- es leal compañera del *Jefe de familia*
- facilita el trabajo del *estudiante*
- ayuda eficazmente a la *señora de la casa*
- hace correspondencia distinguida y clara
- y puede dejar copias con papel carbón.

Pesa, con su estuche, 4 kilos

Pida informes sobre las "SERIES UNDERWOOD"

Le conviene!

Le interesa!

J. P. ARANGO & Co., Agentes

La Crema Dental Waite's Anti-py-o

Remueve la película que se forma en los dientes sin arañar el esmalte.

Corrige la acidez de la boca y previene la carie. Endurece las encías sangrantes. Su fórmula y cualidad antiséptica es una seguridad contra la PIORREA. De venta en todas las Boticas y Droguerías.



Waite's ANTI-PY-O
DENTAL
CREAM

Ojo! por cada seis cajetillas de cartón se regalará un buen cepillo de dientes en la oficina del Dr. Fischel